

Ralph Barby

29

DOCTOR DIABÓLICO

TERROR


escalofríos
de
TERROR
RI

Si desea suscribirse a nuestras publicaciones, envíenos sus datos personales escritos muy claramente.

Importe 6 números OESTE: 540 Pts.
Importe 6 números TERROR: 600 Pts.

Pagos anticipados con giro postal a nombre de Ediciones Olimpic S.L., Apartado Correos nº 9428, 08080 Barcelona. (No cobramos gastos de envío dentro del territorio nacional)

Colección que desea recibir: ______________________
Nombre: ______________________
Domicilio: ______________________
Población: ______________________
Provincia: ______________________ D.P. __________

(Si desea recibir números anteriores, hágalo constar).

RALPH BARBY

DOCTOR DIABÓLICO

colección
Escalofríos TERROR nº 29



EDICIONES OLIMPIC S.L.
Apdº Correos nº 9428
08080 Barcelona

I.S.B.N. 84-7750-077-0
Depósito legal: M-43639-1988

1.ª edición Ed. Olimpic enero 89
1.ª edición en América julio 89

Imprime LITOPRINT-GIESA

Distribuye M.I.D.E.S.A.

CAPÍTULO PRIMERO

Hut Shobert quedó unos instantes quieto al volante de su «Alpine», mirando receloso a aquella mujer que acababa de gritar frente a él, bajo la luz de los potentes focos del no menos potente automóvil.

En aquel «Renault», mal aparcado junto al camino no parecía haber nadie, no se trataba de una trampa. Había oído hablar en demasiadas ocasiones de asaltos a automovilistas, perpetrados en parajes solitarios, simulando un accidente o algo por el estilo. El cebo podía ser muy bien una chica joven y atractiva como la que tenía delante.

Quitó la luz intensiva para colocar la corta y abriendo la portezuela, salió del coche. Caminó hacia la chica, llegando a tiempo de que esta no se derrumbara.

La cogió entre sus brazos, pidiéndole:

—Vamos, calma, calma, no pasa nada.

La crisis nerviosa de Silvy Renoir cedió lentamente. Sollozó abrazada al hombre y al fin, se sobrepuso. Ya más tranquila, pero costándole respirar todavía, musitó:

—Pensará usted que soy una tonta histérica.

—¿Se le ha estropeado el coche?

—Sí, no funciona. Es muy viejo, lo compré de segunda mano. He cometido una estupidez atreviéndome a cruzar un paraje como este en una birria de coche semejante.

—Sí, el coche parece vetusto. ¿No ha pasado nadie más por aquí?

—Sí, un «Mercedes» con una pareja dentro, por poco me atropellan. Luego, nada. Esto es más solitario que el interior del cráter de un volcán.

—¿Se dirige a Kleinburg?

—¿Adónde, si no, va esta maldita carretera?

—Es cierto. Según el mapa, no conduce a ningún lugar más. Yo también voy a Kleinburg. Mi nombre es Hut Shobert y soy médico neurocirujano.

—No me diga. ¿Médico neurocirujano siendo tan joven?
—¿Es un pecado ser joven?
—Todo lo contrario, y casi somos colegas.
—¿Casi?
—Sí, a mí me falta la tesis para doctorarme y precisamente iba a interesarme por los trabajos del doctor Ivanovich, sobre los cuales pienso cimentar mi tesis.
—Caramba, más coincidencias. Yo también voy a visitar al doctor Ivanovich. Suba a mi coche, si es que no tiene miedo, y ya avisaremos en Kleinburg para que pasen a recoger su auto y lo reparen.
—Será mejor que no avise a nadie, me costaría más cara la reparación que el propio coche.
—En fin, el coche es tuyo. Creo que podemos tutearnos, ¿no te parece?
—Oh, sí, claro —asintió recobrando el aliento, ya más segura.
Shobert la ayudó a trasladar su exiguo equipaje al «Alpine» que con sus casi tres mil centímetros cúbicos de motor, arrancó con un gran estruendo.
Era difícil que un bache pudiera detener a aquella poderosa máquina rodante que horadaba la niebla con sus ocho faros delanteros, pues además de los normales, llevaba toda una hilera de faros antiniebla.
—El profesor Ivanovich ha ido a instalarse un poco lejos de la civilización, ¿no crees?
—Desde luego —aceptó Silvy—. Quizá por eso me atrajo más visitarle, tengo espíritu de aventura, pero cuando me he encontrado sola y oyendo el aullar de los lobos, confieso que he pasado mucho miedo.
—Una cosa es la intención y otra, la realidad. A veces, las circunstancias se conjuran para hacer saltar nuestros nervios y este paraje es ciertamente solitario y desagradable, con la niebla y esos lobos que dices has oído.
—Sí, los he oído, estoy segura de que no han sido una alucinación.
Hut Shobert conectó su aparato de radio y sonó una música agradable.
—Ahora ya no oirás el aullido del lobo, Caperucita.

Silvy sonrió y se estiró en el asiento, se sentía a gusto. Empezaba a creer en los cuentos de hadas. Se había encontrado sola, perdida en el bosque y con el lobo aullando a su alrededor, convertida (como Hut había ironizado) en Caperucita. Más, había llegado el joven príncipe montado en su «Alpine» de gran potencia para rescatarla.

Le observó de reojo. Era alto, delgado, tenía abundante cabello cobrizo y no se molestaba en peinarse. Usaba un espeso bigote con guías hacia abajo y sus ojos eran verdes como los de la propia Silvy.

De todo él emanaba fuerza y jovialidad, a simple vista no se adivinaba en él a un meticuloso neurocirujano como debía de ser.

—¿Has estado alguna vez en Kleinburg? —preguntó ella.

—No. Recibí una carta del profesor Ivanovich suplicándome que fuera a verle. Me ha prometido la participación en unos experimentos que está llevando a cabo y, además, un sueldo nada despreciable. Es cuestión de probar.

—Si el profesor Ivanovich se ha fijado en ti, es que debes de destacar mucho en el campo de la neurocirugía.

—Bueno, alguna que otra vez he salido en la revista médica internacional, pero solo soy un neófito en la especialidad. Creo que al lado del profesor Ivanovich puedo aprender mucho, aunque tenga muy mala fama. Varios catedráticos del mundo entero procuran no mencionarle, es como si estuviera maldito por el diablo.

—¿Y tú lo crees así?

—Yo no creo en el diablo.

—¿Ateo?

—Creo en un Dios a mi manera. Por cierto, si haces una tesis sobre los trabajos del doctor Ivanovich es posible que no te la acepten.

—Me arriesgaré, ya te he dicho que me atrae la aventura, hacer lo que los demás no se atreven a acometer. No me gusta sentirme borrega.

—Un aplauso para ¿cómo has dicho que te llamas?

—Silvy Renoir.

—Bien, un aplauso para Silvy. Hum, ya debe de faltar poco para llegar a ese condenado pueblo.

Comenzó a llover con más fuerza y la niebla se hizo menos densa, la lluvia la estaba disolviendo. Los limpiaparabrisas

comenzaron a zumbar monótonamente mientras los faros iluminaban árboles y más árboles, haciendo saltar de un lado a otro del camino a pequeñas bestezuelas.

—La verdad es que me interesa más conocer al profesor Ivanovich que el salario que me ofrece. Soy de los que creen que cuantas más experiencias se acumulen, mejor. Quizá el día de mañana sea un privilegio haber trabajado codo a codo con el maestro Ivanovich.

—Todos los profesores aceptan que es un auténtico genio en las intervenciones intercraneanas. Secciona como nadie partes del cerebro sin dañar las que no corresponde. Algunos comentan que nadie conoce como él la anatomía de un cerebro, pero lo que no entiendo es por qué se le hace el vacío, por qué no se quieren aceptar sus trabajos si admiten que son de gran perfección.

—Porque algunos han hecho correr el bulo de que desafía al mismísimo Dios. Cuentan de él intervenciones y experimentos espeluznantes.

—Tú no lo creerás, ¿verdad? —preguntó sintiendo un leve escalofrío en la espalda.

—Ahora ya no hay tiempo para retroceder —bromeó Hut mientras arribaban frente a un ancho río.

Un viejo puente de madera se alzaba ante ellos.

—¿De veras crees que lleva a cabo trabajos al margen de la ciencia normal?

—Todos los innovadores, todos los que han dado un paso adelante en la ciencia, han tenido que hacer algo raro en su vida, algo que ha sido criticado por sus colegas. Antes de llevar al profesor Ivanovich a la hoguera, cerciorémonos de qué es lo que realiza.

—Mientras viajaba hasta este lugar tenía miedo de que el doctor Ivanovich no quisiera recibirme. Le escribí una carta pidiéndole que me recibiera para llevar a cabo mi tesis y no me ha contestado.

—¿Y pese a todo has seguido adelante?

—Sí, quizá estoy haciendo un viaje baldío.

—Puedes contar conmigo, le diremos que tú me acompañas.

—¿Harás eso por mí?

—¿Por qué no? En la medicina hemos de ayudarnos los unos a los otros. La ciencia médica no es para que unos pocos sabios se la

lleven a la tumba, sino para que tenga herederos en cada generación de médicos que salga de las universidades.

—Eres un tipo magnífico, Hut, y a simple vista no pareces un empollón.

—Es que no lo soy. Me he pasado mucho tiempo en discotecas psicodélicas, hasta estuve unos meses vagabundeando como *hippy*. Llegué incluso a la India.

—Uah, tendrás muchas cosas para explicar.

—La vida es breve y hay que vivirla intensamente, esa es mi opinión. Quizá dentro de diez o quince años cambie y me convierta en un conservador a ultranza, con reumatismo incluido.

—¿Sabe el profesor Ivanovich cómo eres realmente?

—No le he enviado mi fotografía de cuerpo entero —se rio Hut. Era todo jovialidad y había hecho olvidar a Silvy el mal rato pasado.

El puente de madera crujió al paso del «Alpine». Luego, el coche se internó en una aldea de casas oscuras y viejas. Era un poblado como anclado en el tiempo y no parecía haber nadie. No se veían luces en las ventanas, los postigos de madera estaban atrancados. Solo por algunos resquicios escapaba luz, delatando que aún quedaba vida.

—Mira, ahí está el «Mercedes-Benz» que por poco me atropella.

En efecto, se hallaba detenido frente a una de las casas más grandes de aquel lugar y en cuyo dintel colgaba la silueta de un jabalí forjado en hierro, que chorreaba óxido y gruñía cuando era empujado por el viento. Sobre él podía leerse: «Posada».

—Hemos llegado. No nos ha recibido una fanfarria, pero ya es importante tener donde guarecerse. Puede que llueva más.

Hut tocó el claxon con insistencia y la puerta del hotel se abrió con recelo, teniendo buen cuidado el hombre de la misma de tener colocada la cadena interior de seguridad.

—Eh, amigo, abra. Queremos dormir aquí esta noche —le dijo Hut Shobert sacando la cabeza por la ventanilla.

—Está bien. Traigan su equipaje y dejen el coche afuera bien cerrado —gruñó el posadero.

—Parece que no son muy hospitalarios —comentó Silvy.

—Será porque este lugar no está considerado de atracción turística. Solo hay que ver lo lúgubre y umbrío que resulta para

comprenderlo.

Sacaron los equipajes del coche y penetraron en el hotel. El posadero en persona se apresuró a cerrar la puerta con cadena y doble cerrojo.

—Oiga, amigo, ¿es que teme que el mismísimo Satanás quiera entrar por esa puerta? —le preguntó jocoso Hut Shobert.

El hombre le lanzó una mirada entre furiosa y temerosa. Al fin, se tragó la réplica que estuvo a punto de saltar a la punta de su lengua y preguntó:

—¿Son casados, simples amantes o quieren dos habitaciones separadas?

CAPÍTULO II

Silvy Renoir se congratulaba de haber encontrado a Hut Shobert. El joven médico le agradaba. Era jovial, fuerte, y por si fuera poco, iba a facilitarle la entrevista que creía dudosa con el enigmático doctor Ivanovich.

Se despidieron en la puerta de la habitación.

Hut no se había propasado en lo más mínimo con ella, no se había tomado siquiera el derecho del salvador, haciendo una tentativa de conquista, y Silvy, coqueta, había sentido un algo de decepción.

Le hubiera gustado que, por lo menos, le hubiera rozado los labios. Estaba tan acostumbrada a frenar los impulsos eróticos de sus compañeros de facultad que la actitud respetuosa de Hut la estaba confundiendo.

Se encerró en su dormitorio. Era pequeño y tenía lo absolutamente imprescindible, sin ningún lujo. La bombilla colgaba desnuda del techo y una ventana atrancada daba al exterior.

Se desnudó frente al espejo del armario y, dubitativa, se preguntó si seguía teniendo atractivo para los hombres. Quizá Hut era uno de esos seres tan ensimismados en su profesión que no reparaban en lo que pudiera haber alrededor.

No sufría complejo de narcisismo, pero aceptó su belleza y se dijo:

—Yo también debo de preocuparme de mi trabajo, de lo que me ha traído a Kleinburg, de mi tesis doctoral.

Se puso el camisón y cerró la luz. Antes de tenderse en el lecho, experimentó una sensación de ahogo. No sufría claustrofobia, pero no se sentía a gusto en los lugares totalmente cerrados.

Hacía algo de fresco en el exterior, pero el fresco, si se tenían buenas mantas para cubrirse, ayudaba a dormir.

Enfundada en su minicamisón de tela rosada, se dirigió a la ventana y levantó la barra de hierro, lo cual le pareció excesivo para una simple ventana, abriendo el doble postigo de recia madera.

Al mirar hacia el exterior, sintió como si acabaran de chorrearle la espalda con agua helada.

Se quedó sin saber qué decir ni qué hacer. Frente a ella, a menos de dos palmos, había el rostro de un hombre, un rostro con cicatrices en la frente y unas pupilas diabólicas que la observaban.

Era muy velludo y tenía más de animal, de bestia dañina, que de humano.

De pronto, lanzó una de sus manos hacia delante; era una mano también velluda, fuerte y de uñas curvas y duras como garras.

El cristal de la ventana saltó hecho pedazos y aquella garra de fiera, más que de hombre, estuvo a punto de alcanzarla por el cuello.

Silvy retrocedió, gritando con toda su alma.

Cerró los ojos negándose a ver a aquel ser monstruoso. El tiempo semejó una eternidad mientras temía que aquella bestia o persona saltara al interior de la habitación.

De pronto, aporrearon la puerta.

—¡Silvy, Silvy! ¿Qué ocurre? ¡Abre!

Era la voz de Hut, pero también se escucharon las voces de los dueños de la posada.

El posadero utilizó una llave maestra que tenía en un grueso llavero al comprobar que la propia Silvy no abría la puerta y se introdujeron en la alcoba.

En el centro de la misma estaba la joven, rabiosamente bella, mirando hacia la ventana.

—¡Allí, allí!

El posadero y su mujer la observaron de forma muy especial. Frau Hausen observó:

—Ya le dije que era mejor dormir con la ventana cerrada. Aquí, los bosques son muy espesos y hay alimañas.

—No era una alimaña normal, era como un demonio, un ser horrible—. Silvy estalló en sollozos.

Hut la oprimió entre sus brazos. Luego, la llevó hasta el lecho, la tendió en él y la cubrió con la manta.

—Estás muy cansada, Silvy. Has debido de pasar muy mal rato perdida en el camino.

—No, Hut, no estoy loca, te lo juro. Estaba allí, lo he visto.

Hut alcanzó a ver un intercambio de miradas entre el posadero y

su esposa. Se dirigió hacia la ventana y observó:

—Parece que el cristal ha sido roto desde el exterior.

—Ella ha podido dar un portazo sin darse cuenta —respondió el posadero queriendo restar importancia a lo sucedido.

—No, no he llegado a abrir la ventana, solo los postigos. Me ahogaba y, de repente, al otro lado del cristal, estaba él. Ha intentado cogerme.

Hut, mirando el exterior, repuso:

—No hay nada aquí y la verdad es que la altura es considerable, demasiada para que un hombre pueda alcanzar el alféizar.

—Es que se parecía más a una bestia que a un hombre.

—La señorita habrá sufrido una pesadilla —farfulló la posadera, entre molesta e incrédula.

—Creo, Silvy, que si tomas un calmante dormirás mejor. Yo tengo en mi maletín.

Mientras la mujer de la posada recogía los cristales rotos, Hut regresó a su habitación. Al poco, volvió junto a Silvy llevando un par de pastillas y un vaso de agua.

—Anda, tómatelas. Esto te hará descansar, lo necesitas.

—Hut, no me crees, ¿verdad?

—Adentro.

La obligó a tragar las pastillas y luego se acercó a la ventana, junto a la cual seguía rezongando la posadera.

—Total, por un cristal roto tanto escándalo.

—Estos pedazos de cristal que quedan aquí pueden ser peligrosos —dijo Hut, arrancándolos del marco de la ventana. Para ello, la abrió, percatándose de que el edificio tenía un alero que protegía la ventana de la lluvia.

Sin embargo, parte del alféizar estaba mojado. Hut quedó pensativo. Observó unas feraces hiedras pegadas a la pared que llegaban hasta lo más alto de la casa, pero lo que más llamó su atención fue algo que a él, como médico, no le pasó desapercibido.

Allí había un leve pero inequívoco rastro de sangre.

—¿Qué clase de alimañas hay por estos bosques, Frau Hausen?

—Hay algunos lobos, osos, jabalíes y, naturalmente, serpientes, lechuzas y búhos muy grandes. Quizá sea eso lo que la señorita ha visto al otro lado de la ventana. Sorprender a un búho cerca de uno, con los ojos muy abiertos, impresiona. La señorita es de ciudad y se

habrá asustado.

—Sí, claro —aceptó Hut.

No deseaba crear susceptibilidades en la posadera, una mujer madura, fornida, pero posiblemente cargada de supersticiones heredadas a través de los tiempos.

Tras dejar la ventana bien cerrada, dirigió su mirada hacia la frágil Silvy que respiraba fuertemente. El sueño artificial la había vencido con rapidez, las pastillas habían sido muy activas.

—Será mejor dejarle dormir hasta que despierte por sí misma Cuando se levante se encontrará perfectamente.

—Como usted diga. La conocerá bien, ya que han venido juntos.

Hut pensó que no era el momento oportuno para explicarles a Frau Hausen que Silvy se dirigía sola a aquel lugar, y que su vetusto automóvil de segunda mano se había quedado en la carretera forestal.

En el pasillo se tropezó con una mujer, alta, de cabellera rubio platino y que deseaba aparecer como más joven de lo que realmente era.

Tenía una boca muy sensual y sus ojos estaban cargados de intención. Llevaba una bata que no conseguía ocultar los prominentes pechos de los que parecía sentirse muy orgullosa, y el cinturón de la prenda nocturna ceñía su cintura haciendo destacar las amplias caderas.

—¿Qué ha pasado? He oído gritos.

—Nada, la señorita Renoir que se ha asustado —gruñó la posadera alejándose rápidamente.

—Al parecer, algo la ha asustado al mirar por la ventana —explicó Hut.

—¿Algo, qué es algo?

Hut sacó del bolsillo de su camisa deportiva un paquete de cigarrillos, ofreciéndole a la mujer que tomó uno en silencio. Hut no respondió a la pregunta y sí hizo otra a su vez:

—Usted ha venido en ese «Mercedes» que hay abajo, ¿verdad?

—Sí, no debe de ser difícil adivinarlo. Vienen tan pocos forasteros a este lugar que parece perdido en los bosques de Centroeuropa.

—Venía con un hombre.

Ella aguantó el cigarrillo entre sus labios mientras Hut le

prendía fuego. Luego, llenó sus pulmones de humo y lo expulsó en la cara de Hut intencionadamente, pero este aguantó.

—¿Tiene importancia eso?

—Creo que ustedes habrán visto a la señorita Renoir en la carretera forestal. Iba en un «Renault» 4L azul.

—Ah, sí. Estaba detenida en el camino, limpiando el cristal parabrisas.

—En realidad, se le había estropeado el coche. Ha tenido que pasarse allí unas horas en solitario, le ha caído la noche encima y ha sentido miedo.

—¿Y ha sido usted quien la ha salvado del bosque de los lobos?

—Pues, afortunadamente para ella, sí. Sufría una ligera crisis nerviosa.

—Quizá es una chica algo histérica. No le iría mal que la tratara un médico.

—Yo soy médico.

—Caramba, caramba. Nadie lo diría por su aspecto.

—¿Por joven o por cómo voy vestido?

—Me creerá una estúpida, ¿verdad, doctor…?

—Shobert, pero puede llamarme Hut a secas.

—¿Inglés o americano?

—Americano.

—¿Y qué le ha recetado a la joven asustadiza?

—Pues, un somnífero para que descanse.

—¿Suele utilizar el somnífero con las mujeres? —preguntó insinuante.

En aquel momento apareció un hombre alto y demasiado grueso según la opinión técnica de Hut, quien le hubiera recomendado rebajar algo de grasas.

—Parece que en esta posada nadie puede dormir. ¿Qué es lo que pasa?

—Walter, te presento al doctor Shobert, americano.

—Mucho gusto —dijo con marcado acento germánico—, pero ¿podría saber qué es lo que ocurre? Pensé que en un sitio como este se podría dormir tranquilo.

—Tardas mucho en reaccionar, Walter. Por cierto, doctor, él es Walter von Güir, abogado, y yo me llamo Laura Hallen.

—¿Laura Hallen, nombre de soltera o de casada?

—Von Güir y yo no somos matrimonio; él es mi abogado.

—La señora Hallen es mi cliente —concretó el propio Von Güir.

—Los anillos, cuando se han llevado durante cierto tiempo, dejan una huella, lo mismo que las gafas sobre el puente de la nariz, aunque un determinado día dejen de usarse.

—Es usted muy perspicaz, mi joven doctor. Por cierto, usted no habrá llegado a Kleinburg por motivos de placer, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca y al parecer, usted tampoco, cuando se ha traído a su abogado.

—¿Qué pasa, Laura, es esto un interrogatorio? Mejor sería que descansáramos —gruñó el obeso abogado.

CAPÍTULO III

De entre las tinieblas surgió aquella cosa repugnante, maligna. Tenía cabeza humana y un cuerpo extraño y repulsivo. Semejaba tener tentáculos en lugar de brazos y piernas.

Sus extremidades se multiplicaban mientras descendía sobre el lecho en que yacía Silvy Renoir, quien se debatía sin poder escapar.

Desnuda sobre la cama, estaba como amarrada, impotente para huir. Sus pechos se agitaban y jadeaba moviendo la cabeza de un lado a otro.

Aquella cosa abrió sus fauces mostrando enormes colmillos enrojecidos y su boca se agrandaba como si pretendiera engullirla.

Silvy quiso gritar, más de su garganta no brotaba nada; era como si la hubieran taponado con cera, como a los hombres de Ulises en la Odisea para que no escucharan el canto de las traidoras sirenas.

De pronto, se incorporó y aquel monstruo se esfumó, disolviéndose en el aire.

Silvy miró en derredor. No estaba segura de dónde se hallaba, si el peligro la cercaba o no.

La contraventana que seguía atrancada por la barra de hierro atrajo su mirada.

Por las fisuras de la madera penetraba la luz del día y entonces se percató de que había sufrido una horrible pesadilla.

Se levantó y, descalza, caminó hasta la ventana. Se detuvo y la observó dudosa, con algo de miedo, pero la luz que se filtraba por los intersticios la invitó a quitar la barra de hierro y abrir los postigos.

—Buenos días, Silvy. ¿Cómo te encuentras?

Miró hacia abajo, allí estaba Hut Shobert. Le sonrió, saludándole con la mano.

—Creo que bien —respondió sin demasiado convencimiento.

—Anda, vístete, es la hora del almuerzo. Has dormido como una marmota, y perdona la comparación.

—Enseguida voy.

Se vistió y bajó al comedor de la posada. El cielo estaba encapotado en un cincuenta por ciento, pero las nubes que en ocasiones ocultaban el sol eran negras, cargadas de agua y electricidad.

En el comedor la esperaba Hut. También estaban allí Laura Hallen, que la midió de arriba abajo con airé de suficiencia, y el abogado Von Güir.

Hut los presentó y de inmediato, pese a la aparente cordialidad, se estableció un antagonismo entre las mujeres, como ya había comenzado a existir entre los dos hombres.

—Querida, me han contado que anoche tuviste alucinaciones.

—¿Alucinaciones? —Silvy arqueó sus cejas que no se molestaba en depilar.

—Claro que, era lógico. Si nosotros hubiéramos sabido que tenías el coche averiado, te habríamos traído hasta aquí. El doctor Shobert nos ha explicado que estás a punto de doctorarte en Medicina. Hay que ver las chicas modernas lo intelectuales que estáis saliendo.

—Yo no tuve alucinaciones —dijo molesta.

—Silvy, ¿qué te parece si comemos? Luego, iremos todos juntos a visitar el balneario del doctor Ivanovich. Al parecer, todos tenemos el deseo de ver al doctor.

La luz del día, pese a las nubes, semejaba disipar cualquier sombra fantasmagórica, pero Silvy observó que Frau Hausen, cuando le servía la comida, la observaba de reojo, pero sin decirle nada. Estaba seria; más que seria, grave.

Silvy tuvo la impresión de que aquella mujer sabía más de lo que quería aparentar, y a ella nadie podía negarle que había visto una cosa extraña, mezcla de bestia y de hombre, pegada a su ventana.

Por la tarde, Herr Hausen les prestó su «Land-Rover». El resto del camino era demasiado malo para automóviles de turismo como el «Mercedes» o el «Alpine».

Hut se puso al volante; Silvy se sentó a su lado y Laura Hallen y el abogado se acomodaron en los asientos posteriores. De esta forma se adentraron por un camino infernal.

Según el mapa, el gran río se bifurcaba un par de millas más arriba para rodear tres colinas. Después, las aguas volvían a unirse

formando una isla grande y frondosa. En aquella isla, frente al puente, se hallaba Kleinburg, un lugar que no contaría con más de una veintena de casas, algunas de ellas abandonadas y en las que solo habitaban ratas y culebras.

En el centro de las tres colinas se formaba una hoya geológica que, llena de agua, constituía una pequeña laguna de un cuarto de milla en su lugar más ancho. La llamaban La Lágrima porque tenía esta forma y en las noches de luna brillaba intensamente, pudiéndose contemplar desde la cima de las colinas.

No podía decirse que aquella laguna en forma de lágrima fuera parte del río, ya que este no vertía sus aguas en ella, y tampoco el lago dejaba escapar su caudal hacia el río, quedaba allí encerrado, pero se creía que sí era parte del río, pues por unas galerías subterráneas que cruzaban las colinas, la laguna se mantenía siempre quieta y con agua, aunque lo de quieta era un error ya que si el río descendía su cauce, la gran lágrima se empequeñecía y si el río aumentaba por lluvias o deshielos de las montañas, La Lágrima se hacía más grande, siempre silenciosa, sin rumor.

De haber preguntado en Kleinburg por la laguna de La Lágrima, les habrían contado infinidad de leyendas, a cual más misteriosa y espeluznante.

A los lugareños no les agradaba ir hasta aquella laguna que, según decían, era siniestra y olía a azufre. Sin embargo, allí había una especie de balneario, propiedad del doctor Ivanovich.

El camino, lleno de baches debido a las rocas que quedaban descarnadas a consecuencia de las lluvias que arrastraban la tierra, rodeaba la más grande de las colinas. Luego, ascendía hasta llegar a una altura de unos doscientos pies sobre el nivel del río y en la unión de las dos colinas sur, bajaba hacia el valle interior, hacia la laguna de La Lágrima.

—El agua de ese lago es verde —observó Silvy.

—A mí me parece verdinegra, debe de ser nauseabunda —objetó Laura Hallen.

—Ya se sabe, las aguas de los balnearios medicinales suelen apestar —gruñó el abogado con su marcado acento alemán.

El edificio de tres pisos se alzaba frente a la laguna, justo en el punto donde parecía nacer la enorme lágrima verdosa. Sus paredes eran oscuras y estaba descuidado en su parte exterior, lo mismo que

los jardines que lo circundaban.

Todo allí respiraba quietud, una extraña y desagradable quietud.

Cuando el «Land-Rover» se acercaba a aquel caserón de estilo arquitectónico romántico, salieron dos enormes perros negros de ojos enrojecidos.

Eran dos grandes daneses con gruesos collares de púas de acero que protegían sus yugulares de las fauces de posibles lobos.

—¡Qué miedo! —exclamó Laura Hallen.

—Las fauces de esos bichos son capaces de arrancar un brazo entero a un hombre —gruñó Von Güir.

Los dos enormes perros corrieron junto al vehículo, controlando ambas portezuelas. Hut no frenó hasta llegar ante la entrada principal y una vez allí, tocó el claxon con insistencia.

En la puerta apareció una mujer terriblemente hermosa. Vestía una especie de «mono» negro que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, modelando la forma de sus senos, de sus caderas, de sus piernas.

Usaba un ancho cinturón con gran hebilla de oro y del que colgaba un llavero y una pequeña pistola metida en su funda. Rodeando su cuello, deslizándose entre sus pechos, llevaba un extraño collar. La mujer tenía grandes ojos oscuros y cabellera negra y lacia, cepillada simplemente.

Pronunció unas palabras ininteligibles para los recién llegados y los grandes perros cesaron de ladrar. Se acercaron a ella y se sentaron, respectivamente, a derecha e izquierda.

La desconocida llevaba también una pulsera y de esta pendía un silbato que se llevó a la boca. Hizo una llamada con él en forma de contraseña y no tardó en aparecer un hombre que no tenía más cabello en toda su cabeza que el de las cejas.

Mediría sus dos metros diez y no pesaría menos de ciento veinte kilos.

Fedor, aquella especie de gigante, dio una ojeada al «Land-Rover» y luego, con las correas que llevaba, sujetó a los dos enormes perros llevándoselos consigo.

—Preciosos animales —dijo Hut Shobert, apeándose el primero.

—Sí, son buenos vigilantes —admitió la mujer que tenía un ligero exento eslavo—. Por aquí suelen acercarse lobos y algún que otro oso. Los perros mantienen el lugar tranquilo, como es nuestro

deseo.

—Cómo no. Cualquiera que se acerque puede pasarlo muy mal.

—A mí me asustan esos animales —admitió Laura Hallen.

—Bien, supongo que vienen a algo concreto. El camino termina aquí y el «Land-Rover» es el de Herr Hausen.

—En efecto —admitió Hut—. Yo soy el doctor Shobert.

Los ojos oscuros de aquella enigmática mujer se iluminaron. Parecía recibir con gusto la llegada del americano y su aspecto le agradó, aunque no dejaba de sorprenderle.

—Bienvenido, doctor Shobert. Le aseguro que el doctor Ivanovich está ansioso por verle.

—Bien. Esta es la señorita Silvy Renoir, que se halla a punto de doctorarse en medicina y le interesan mucho los trabajos de neurocirugía del doctor Ivanovich. Es amiga mía.

—Bienvenida, señorita Renoir —dijo algo forzada aquella mujer.

—Yo me llamo Laura Hallen —se autopresentó la rubia platino — y él es mi abogado. Hemos de hablar con el doctor Ivanovich sobre un asunto muy personal.

—Su esposo se encuentra bastante bien últimamente, señora Hallen.

Tanto Hut como Silvy miraron a la atractiva y nada resignada Laura Hallen; ahora ya sabían el motivo que la había llevado hasta aquel lugar.

—Me satisface. Estaba segura de que lo tratarían bien aquí.

—Bueno, debo presentarme, me llamo Vanessa Karst y soy doctora en psiquiatría. Mi labor es la de ayudar al doctor Ivanovich en cuanto me sea posible.

—Ya ves, Walter, estamos rodeados de médicos —dijo Laura algo jocosa. No podía ocultar que era menos refinada en sus modales y cultura de lo que deseaba aparentar.

—Pasen, el doctor Ivanovich les recibirá enseguida.

Adelantándose, Vanessa Karst les precedió en el camino hacia el interior de aquel viejo balneario frente a la quieta laguna de La Lágrima, pero allí había varios pares de ojos, con miradas extrañas y siniestras, qué les observaban atentamente.

CAPÍTULO IV

La cabeza del hombre que yacía sobre la mesa del quirófano, bajo los potentes focos del mismo, se hallaba totalmente rapada, más suave que la piel de una mulata adolescente.

Parte del cuero cabelludo estaba levantado y unas pinzas colocadas en círculo tiraban de él. Un agujero en el hueso craneano, de poco más de una pulgada de diámetro, daba acceso al cerebro.

La periferia del lugar circunscrito a la operación se hallaba manchada de sangre pese a que Paul Benson se preocupaba de limpiarla.

En una pantalla, de izquierda a derecha, aparecía la línea luminosa precedida de un punto que mandaba los lentos latidos del corazón del paciente.

El doctor Ivanovich había dejado a un lado el bisturí «lásser» para colocar aquella pieza no mayor que una nuez, revestida de materia plástica y con unos finísimas electrodos que debían de coincidir en determinadas circunvoluciones cerebrales que solo el doctor Ivanovich conocía, pero sus manos largas y huesudas temblaban.

Sujetaba la pieza con unas pinzas para situarla en el interior del cerebro. El momento era decisivo. El doctor Ivanovich tenía su vista fija en una pantalla en la que se reproducía el interior del cráneo del intervenido.

Un sistema de rayos X, conectados a una cámara de televisión, le ayudaban a ver cómo colocaba la pieza, pero, de pronto, sus manos temblorosas oprimieron excesivamente las largas pinzas, y la pieza saltó dentro del cerebro.

El profesor Ivanovich era un hombre delgado, enjuto, de cabello cano y rostro surcado de arrugas, piel blanca y aire aristocrático.

En aquellos momentos, su frente se empapaba de sudor y a su ayudante, Paul Benson, le parecía imposible que aquel cuerpo, casi piel y huesos, pudiera segregar sudor.

De súbito, la línea que reflejaba la actividad cardíaca se hizo continua; ya no había un punto que la precedía.

—Doctor, ha muerto —anunció Paul Benson con voz cansada.

—¡Estúpido! ¡Jeringuilla con veinte centímetros cúbicos de adrenalina!

Paul Benson le pasó la jeringuilla equipada con la larguísima aguja hipodérmica.

Las manos temblorosas del doctor Ivanovich contaron las costillas y, sin vacilar, hundieron la aguja hasta el mismísimo corazón, inyectando la adrenalina.

Observaron ansiosamente la pantalla, pero la línea siguió continua. Paul Benson movió la cabeza negativamente.

—No reacciona.

—¡Maldita sea, otra vez ha vuelto a ocurrir! —masculló el doctor Ivanovich arrancándose el cubrebocas.

Paul Benson clavó sus ojos en las manos del profesor. Este, percatándose de ello, hizo ademán de esconderlas, pero, reaccionando, preguntó furioso:

—¿Qué miras, estúpido?

—¿Qué hago con él, doctor?

Respirando profundamente, como para controlarse mejor, el lúgubre y aristocrático neurocirujano siseó:

—Recupera el catalizador electrónico. No podemos desperdiciarlo, son muy difíciles de construir. Me cuesta mucho tiempo cada uno de ellos.

—Sí, doctor Ivanovich.

Paul Benson tomó las largas pinzas que habían fallado en las manos trémulas del profesor y extrajo el catalizador, aquella pieza no mayor que una nuez, que sumergió en un frasco que contenía un líquido más denso que la propia agua. Al instante, el líquido incoloro se tiñó de rojo.

—Deshazte de él, pero, antes, no iría mal que hicieras un poco de prácticas.

—Sí, doctor, seguiré su consejo.

—No lo hagas a ciegas. Para estudiar bien el cerebro, debes hacerlo al descubierto. Después de todo, ya está muerto.

—Sí, doctor.

Paul Benson aparecía bajo y obeso junto al alto y delgado doctor Ivanovich que tenía ojos orientales. Sin embargo, el resto de sus rasgos faciales eran eslavos. Su cabello cano resultaba leonino y le

daba un aire extraño, casi demoníaco.

Ivanovich se lavó las manos tras quitarse los guantes de goma mientras oía los golpes del martillo que iban a levantar la tapa craneana para dejar el cerebro al descubierto.

Aquel ser que yacía sin vida había pagado muy caro el temblor de las manos del doctor Ivanovich, un temblor propio de su senilidad.

Cuando abandonó el quirófano, ubicado en los sótanos del caserón del balneario, el doctor Ivanovich se encontró con Vanessa Karst que iba a su encuentro.

—Doctor, tenemos visita.

—¿Visita?

—Sí, han llegado varias personas, pero creo que quien más le interesa es el joven doctor Hut Shobert.

—¿Qué ha llegado Shobert? —repitió mientras su faz se iluminaba como la de quien descubre un barco de salvamento tras permanecer largo tiempo perdido en las aguas del océano.

Vanessa condujo al doctor Ivanovich a presencia de los visitantes que se hallaban en lo que antaño debiera de ser el salón principal del balneario.

—Este es el joven doctor Shobert —presentó Vanessa Karst que había entornado sus ojos de forma muy especial para observar al joven galeno norteamericano.

Las tres mujeres habían posado sus ojos en Hut como hombre y las tres, sin confesárselo a sí mismas, estaban calculando sus propias posibilidades y las de sus rivales.

—Le estaba esperando, doctor Shobert. Es usted muy joven, más de lo que pensé —observó el doctor Ivanovich con su acento ligeramente eslavo.

—¿Y tiene eso importancia?

—¿Puede extender sus manos con las palmas hacia abajo? —preguntó de pronto el profesor, sorprendiéndoles a todos.

—Desde luego.

Hut Shobert aceptó la prueba y el doctor Ivanovich pidió más.

—Cierre los ojos, por favor.

Hut obedeció y así transcurrieron los segundos ante el entusiasmo del profesor que Laura Hallen, el abogado y la propia Silvy no comprendían.

—Perfecto, maravilloso. Tiene usted un absoluto dominio de sus nervios, ni el más ligero temblor. Si además sus conocimientos en la cirugía del cerebro son tan perfectos como pregonan las revistas médicas, será fantástico.

—Doctor Ivanovich, me asombra usted —dijo Hut jovial.

—¿Por qué?

—¿Usted leyendo las revistas médicas cuando todos aseguran que no quiere saber nada con la medicina ortodoxa?

—Ejem —carraspeó—, no se puede decir que se ha bebido el mejor vino si no se ha probado antes otro peor. Es la ley de la relatividad, que dijo Einstein, por eso leo las revistas médicas.

—La joven se llama Silvy Renoir y va a doctorarse en medicina —observó Vanessa.

—Ah, sí, usted me escribió, ¿verdad? —preguntó el profesor.

Silvy se sobrecogió al sentir sobre sí los ojos orientalizados de aquel hombre alto, delgado, de porte aristocrático, pero con algo demoníaco dentro de él.

La piel, apergaminada, estaba pegada a sus huesos y hacía falta muy poco esfuerzo imaginativo para ver en él a una calavera.

—Así es, doctor Ivanovich. Quiero fundamentar mi tesis de doctorado en sus trabajos de neurocirugía.

—Pues lo siento, pero no tengo tiempo para perder, señorita. Es lamentable que haya hecho el viaje hasta este lugar tan inhóspito y alejado de la gran civilización.

—Doctor, la señorita viene conmigo —puntualizó Hut Shobert.

El doctor Ivanovich le miró. Por un instante, sus ojos brillaron de forma extraña. Era un hombre soberbio, despótico; no toleraba la menor observación y menos de un joven aunque fuera científico, pero sintió el temblor de sus manos, manos que trataba de esconder a su espalda, y sonriendo forzadamente aceptó.

—Si es así, veré qué se puede hacer, señorita Renoir. Una amiga del brillante doctor Shobert debe ser mi amiga forzosamente.

—Doctor, yo soy Laura Hallen y él es mi abogado. Vengo a interesarme por mi esposo.

—¿Hallen, Hallen? Bien, ¿por qué no vuelve dentro de un mes? Su esposo sigue su curso normal. No pensará que aquí se le trata mal, ¿verdad?

—No, doctor, pero quisiera tratar unos asuntos privados con

usted.

—Lo lamento, señora Hallen; ahora no puede ser.

—Nuestro tiempo es precioso —gruñó el germánico Von Güir.

—Entonces, solo tienen que marcharse por dónde han venido —replicó el doctor con una irónica sonrisa.

Von Güir quiso replicar, pero Laura Hallen le cogió por un brazo.

Vanessa intervino:

—Daré orden que preparen la cena.

—Vanessa, ha tenido una gran idea. Mientras, el doctor Shobert y yo podemos hablar un poco mientras paseamos cerca de la laguna. ¿Qué le parece?

Hut Shobert comprendió que el doctor Ivanovich quería tantear sus conocimientos y aceptó la prueba.

—De acuerdo, doctor. Me disculparás, Silvy.

—Sí, cómo no. Esto tiene cierto sabor, lo iré contemplando mientras tanto.

Silvy los vio alejarse hacia la laguna. El profesor caminaba con las manos a la espalda, como, si temiera mostrarlas. De pronto, en la laguna apareció un extraño color en el que reparó Hut Shobert.

—¿Se ha fijado, doctor Ivanovich? El lago ha adquirido un color como si se diluyera sangre en el agua.

El profesor recibió cierto impacto que no pudo notar Hut, pues se repuso enseguida. Luego, estiró su mano y la puso sobre el hombro del norteamericano, contestando con indiferencia.

—Bah, esta laguna tiene un fondo con mucho iodo y, a veces, los peces lo remueven. Hay grandes gatos de río, aquí nadie los pesca y se hacen enormes.

Se alejaron del lugar, pero a Hut Shobert no le agradó en absoluto el color que había tomado la laguna en forma de lágrima, encerrada en las tres oscuras colinas que constituían la isla cercada por los brazos del caudaloso río.

CAPÍTULO V

Fedor, el gigante de cabeza rapada y ciento diez kilos de peso, les sirvió la cena ayudado por dos personas más, un hombre y una mujer, vestidos con gran corrección, él de camarero y ella de doncella.

Ambos carecías de vivacidad en la mirada y no decían nada, era como si todos sus movimientos los realizaran de forma mecánica.

Había muy poca luz allí dentro. Se había hecho tarde y el cielo, cubierto de nubarrones, tamizaba de tal forma la luz que casi la anulaba. Por ello, sobre la larga mesa del salón, había tres candelabros de cinco velas cada uno, encendidos.

A Silvy no le agradaban las velas en la mesa pese al tan cacareado romanticismo de las cenas íntimas. Le disgustaba el olor de la cera cuando estaba saboreando un grato alimento y, en aquellos momentos, el pato con paprika estaba muy sabroso, pero las llamas de las velas atraían sus ojos como hubieran podido atraer a una coqueta mariposa que habría de terminar abrasándose en su luz.

—¿No le gustan las velas, señorita Renoir? —preguntó Vanessa Karst con su acento eslavo que la hacía más sensual.

—Bueno, prefiero la luz eléctrica —respondió Silvy con toda sinceridad.

Laura Hallen no se sentía muy a gusto con sus ropas; observaba que el propio doctor Ivanovich se había vestido de frac para sentarse a la mesa y Vanessa, la doctora en psiquiatría, lucía un vestido granate y plateado que la ceñía hasta los pies, un vestido que la obligaba a juntar sus rodillas y a dar pasos cortos, ondulando sus caderas al trasladarse de una parte a otra o simplemente cambiando de postura.

—Me ha parecido ver bombillas por alguna parte —observó Von Güir.

—Tenemos un grupo electrógeno —aclaró el doctor Ivanovich. Luego, miró a Hut Shobert, por quien estaba vivamente interesado, y añadió—: La electricidad que produce la empleo en su mayor

parte para el laboratorio de investigación y el quirófano.

—¿Y no teme que el grupo electrógeno pueda fallar a mitad de una operación? —preguntó Hut.

—Está previsto y disponemos de un segundo motor de cinco caballos que funciona con gasoil. Se pone en marcha automáticamente si el otro falla. Como ve, doctor Shobert, me agrada la seguridad en todo.

Vanessa Karst, mientras deshuesaba la carne de pato que tenía delante como si hiciera un perfecto trabajo de cirugía, creyó oportuno puntualizar:

—Es caro y dificultoso hacer traer hasta aquí el combustible, por eso tenemos buena provisión de velas para el uso corriente. El doctor mima mucho sus grupos electrógenos por el gran valor que tienen, habida cuenta de lo alejados que nos hallamos de las fuentes comunes de energía eléctrica.

—Será un poco engorroso trabajar aquí, siendo tan escasos los suministros —apuntó Silvy.

—Señorita, este lugar es idóneo para llevar a cabo mis experimentos científicos sobre neurocirugía y psiquiatría, en cuya labor colabora tan magníficamente la doctora Karst.

La aludida bajó la mirada con falsa modestia, pero no dijo nada.

Todos habían observado que había un cubierto de más, una silla vacía, pero nadie se había atrevido a preguntar para quién era aquel servicio.

Al fin, apareció un hombre algo obeso, de aspecto anodino. Vestía smoking, pero estaba muy lejos de tener la elegancia del doctor Ivanovich.

—Señoras, caballeros, disculpen mi tardanza. Ocupaciones ineludibles me han retrasado —se excusó.

Tras un ceremonioso movimiento de cabeza, el doctor Ivanovich, sin soltar sus cubiertos, presentó al recién llegado.

—Es el doctor Paul Benson, inglés; mi ayudante en el quirófano. En adelante también será una gran ayuda para usted, doctor Shobert.

—Doctor Ivanovich, aún no he decidido si voy a quedarme para participar en sus investigaciones —corrigió Hut Shobert.

Aquella puntualización dibujó una mueca de disgusto en el rostro del doctor Ivanovich. No era hombre que disimulara bien sus

reacciones anímicas, pero Vanessa Karst estaba en todo y, desviando el punto de la conversación, dijo:

—La labor del doctor Ivanovich es perfecta. Algún día no existirá tratado de medicina que no venere su nombre, y no lo digo porque me conceda el honor de colaborar junto a él y a sus órdenes directas. Solo tienen que ver a quiénes les están sirviendo. Fedor es quien cuida de todo, pero los otros dos, es decir, el criado y la doncella, observarán que nos sirven y atienden con una perfección que casi calificaría de palaciega.

—Es cierto —admitió Laura Hallen, deseosa de hablar—. Son muy correctos. ¿Les ha resultado difícil contratarlos para que vinieran a servir a este lugar tan alejado y sombrío?

—Ellos son dos de mis pacientes —puntualizó el doctor Ivanovich.

—Sus pacientes son psicópatas peligrosos en extremo. Esa es su especialización, ¿no es cierto, doctor Ivanovich?

—Así es, mi querido y brillante doctor Shobert. Él, bueno, los nombres no importan, es preferible no divulgarlos, estranguló a tres chicas adolescentes después de violarlas —Laura y Silvy se quedaron tensas, como si sus músculos se hubieran petrificado de repente—. Ella, la doncella, en un arrebato de locura incontrolada y sin motivo alguno, pues en su día y en el tribunal que la juzgó no se pudieron probar los consabidos celos, hizo pedazos a su marido dentro de la bañera, cuando este tomaba un baño tranquilamente. Para ello, utilizó el cortante casero de la carne. Usted, señora Hallen, no debería de sentirse sorprendida cuando su esposo estuvo persiguiendo con su automóvil a un joven hasta que lo aplastó contra un muro. Cuando se le interrogó posteriormente, no se acordaba de nada. Era su inconsciente que había sentido el deseo de matar y había utilizado el coche para lograr sus fines. Todos mis pacientes han sido juzgados y considerados como psicópatas homicidas y altamente peligrosos por los más diversos tribunales. Han pasado por establecimientos psiquiátricos oficiales y se les ha considerado totalmente irrecuperables. Yo he conseguido de cada una de las familias de estos pacientes, que solo gravan el tesoro público de sus respectivas naciones, que me sean encomendados. De cuando en cuando, viene por aquí la policía de este partido judicial y comprueba que todo está en orden y que los enfermos se

comportan con normalidad, como ustedes están viendo. Se les entrega el parte de defunciones, pues en esta clase de enfermos el tanto por ciento de mortalidad desgraciadamente es alto, y todo sigue su curso, aunque sé que hay muchos colegas que no aprueban que estos enfermos tan peligrosos me sean entregados.

—Se dice que los utiliza como cobayas humanas —apuntó Silvy Renoir.

Vanessa Karst replicó:

—Cualquier enfermo ingresado en un hospital no deja de convertirse en una cobaya humana, ya que la circunstancia biológica es distinta en cada individuo. Por consiguiente, las pruebas a realizar son diferentes también. Luego se confeccionan unas estadísticas y al final se informa de que tal o cual producto es bueno o malo porque afecta o deja de afectar a un diez, a un veinte o a un ochenta por ciento de los pacientes.

—Visto de esta forma, sí debo de admitir que todos somos cobayas humanos —aceptó Silvy—. Pero, profesor, ¿cómo pueden estar seguros de la docilidad de sus pacientes si son dementes homicidas todos ellos? Deben de tener cierta peligrosidad y aquí no he visto muros para contenerlos.

—El doctor Ivanovich —explicó Vanessa— utiliza el método combinado de la cirugía y la psicoterapia intensiva.

El abogado Von Güir, mirando de reojo a la doncella que estaba sirviendo en su plato más alimentos, preguntó:

—¿No existe el peligro de la reincidencia?

El doctor Ivanovich cortó, sentenciando:

—En la medicina, y en consecuencia en todas sus especialidades, no hay nada matemático. Se puede creer que la simple suma de dos y dos son cuatro y luego resulta que puede seguir siendo dos o se desencadena una potencialidad incontrolable.

—Pues creo que la señora Hallen y yo trataremos nuestro asunto con celeridad, ya que debemos de regresar cuanto antes para tramitar la documentación.

—Señora, debió usted de solicitar el divorcio cuando su esposo fue ingresado en el establecimiento psiquiátrico penal.

Tras la puntualización del doctor Ivanovich, el abogado respondió:

—Si lo hubiera hecho entonces, la señora Hallen no habría

percibido un solo centavo. Además, siempre ha estado muy interesada en la curación de su esposo.

—¿No tiene suficiente con controlar su fortuna? —preguntó el doctor Ivanovich—. Yo no le cobro nada por mantenerle en mi establecimiento.

—Es que ahora desearía volver a casarme. Es humano, ¿no? —dijo nerviosa Laura Hallen.

—Ya, usted quiere casarse, pero no perder la fortuna de su marido. Creo, señora Hallen, que usted ha venido a preguntarme si le queda mucho tiempo de vida a su marido o existe alguna posibilidad de que muera en fecha próxima. ¿Me equivoco?

—Es usted demasiado crudo e insolente, doctor Ivanovich. Será mejor que regresemos, Walter.

En aquel instante, un trueno hizo retumbar toca la edificación. Las llamas de las velas oscilaron y se escucharon unos lejanos gritos, mezcla de alaridos, que semejaban brotar de debajo del pavimento.

—Marcharse con tormenta es una locura. El camino es muy malo y en cuestión de segundos se forman torrenteras capaces de arrastrar a un vehículo —dijo el doctor Ivanovich.

—En efecto, eso les ocurrió al coche de la policía cuando vino a hacer su visita mensual y rutinaria. Al regreso les atrapó una tormenta y el *jeep* fue arrastrado. Dos de los agentes murieron bajo el propio vehículo; al tercero tuvieron que amputarle una pierna y al cuarto lo hallaron tres días más tarde a quince kilómetros río abajo, pues la torrentera había arrastrado su cadáver hasta el río.

Tras las palabras de la psiquiatra Vanessa, el profesor añadió con un sarcasmo que no gustó a Laura Hallen:

—Pueden marcharse si lo desean. Es posible que tenga que extender un certificado de defunción, y no será el de su esposo.

—¿Nos veremos obligados a pasar la noche aquí? —preguntó Silvy Renoir.

—Si la tormenta no desaparece, creo que es lo mejor —observó el hasta entonces callado Paul Benson—. La edificación es grande y en el piso alto hay varias habitaciones bien acondicionadas con ventanas al exterior.

—Y esos pacientes que hemos oído aullar, porque aunque nadie lo haya comentado yo no estoy sordo, ¿dónde duermen? —preguntó

Von Güir molesto.

El doctor Ivanovich soltó una pequeña risita antes de explicar:

—No tema por ellos, están severamente controlados en los sótanos de la edificación. Solo pasean con libertad los que ya están considerados pacíficos.

CAPÍTULO VI

—He de admitir que tiene usted un quirófano perfecto para operaciones craneales.

—Celebro que le satisfaga, doctor Shobert.

—Sin embargo, pueden presentarse problemas cardíacos.

—Tengo un electrocardiógrafo y jamás intervengo a un paciente con alteraciones cardíacas, solo me arriesgo con personas totalmente sanas.

—¿Se arriesga, doctor Ivanovich? —repitió Silvy, dándole mucha importancia al sentido de la palabra.

—Una operación cerebral siempre entraña un riesgo, señorita. El doctor Shobert se lo podrá ratificar, ¿no es así, mi joven doctor?

—Es cierto, claro que yo carezco de su experiencia, profesor. Admito que he hecho muchas prácticas y estudios en profundidad con cerebros muertos. En cuanto a vivos, he extirpado tumores de distintas características y he colaborado en la implantación de los últimos y modernísimos marcapasos cerebrales, capaces de anular persistentes dolores que han superado en sí mismos a las causas que los originan, pero creo que usted va más lejos, doctor Ivanovich, mucho más lejos.

—Mi joven doctor, me atrevería a asegurar que usted ha venido para ver si descubre algo nuevo, algo con que sorprender a los colegas de su país.

—¿Y me equivocaría si pensara así?

El doctor Ivanovich le observó con fijeza, buscando en los ojos de Hut Shobert algo, quizá la certeza de si estaba preparado para poder descorrer ante él los tupidos velos de la avanzada ciencia que él estaba practicando.

—Seguro que les sorprenderá. ¿Usted cree en las teorías darwinianas?

—Sí, aunque hay ciertos datos que ahora las hacen tambalear.

—Yo creo que el cerebro humano es algo grande, fabuloso y enormemente complicado. Escuche bien, estire sus preciosas orejas, señorita Renoir; le podrá servir para su futuro médico.

—Soy toda oídos, doctor Ivanovich.

Salieron del quirófano y se internaron por unos pasillos iluminados por bombillas de baja potencia. En aquellos pasillos se abrían puertas reforzadas, eran como celdas subterráneas.

—El hombre, es decir, el cerebro humano, solo hace que despegar. Ha estado lastrado durante siglos, mejor diría milenios, que en realidad no son más que una infinitesimal porción del tiempo. Admiramos a muchos animales por sus poderes regenerativos. Se le corta la cola a una lagartija y se le reproduce; un brazo a una estrella de mar y le crece de nuevo, fenómenos que el ser humano es incapaz de llevar a cabo. Sin embargo, nuestro cerebro es un profundo misterio. Seguimos una evolución, ya conocen las teorías darwinianas, pero evolucionamos lentamente. Para esta evolución hace falta un clima, un sistema alimentario, unos condicionamientos psicológicos. Cada vez que el ser humano se enfrenta a una prueba difícil y la salva, ha aprendido mucho, ha evolucionado, ha sabido adaptarse al medio. El hombre se acostumbra como ningún otro animal.

—Es cierto. El hombre no está dotado para volar, sin embargo nos desplazamos por el aire a una velocidad que los pájaros ya no pueden igualar —aceptó Silvy.

—Sí, pero el hombre, para conseguir evolucionar rápidamente, ha utilizado la técnica, la ingeniería, la química y la física, no la biología, cuando estaba más a su alcance.

—¿Quiere decir que, de habérselo, propuesto, el hombre hubiera podido llegar a volar? —preguntó Silvy Renoir.

—No se tiene certeza de que jamás haya volado nadie, aparte, claro, de las sirenas aladas que eran mujeres pájaro y no mujeres pez como vulgarmente se cree, según los grabados encontrados. También existen las fantasías del vampirismo, el hombre transformado en murciélago, lo cual ya no es tan descabellado, pues ambos son mamíferos, pero nada hay de cierto. Para que el hombre evolucione biológicamente, hay que dejar pasar mucho tiempo, un tiempo que en una sola vida no se puede alcanzar. Llevando zapatos, terminaremos por convertir en inútiles los dedos de los pies, terminarán pegándose y soldándose entre sí. Nosotros no lo veremos porque habrán de pasar siglos para que ocurra esa mutación física. Cualquier miembro u órgano que no se utilice, se

adormece primero y muere después, y esa muerte llega a transmitirse en ley de herencia al cabo de varias generaciones. Por supuesto, y a la larga, ese órgano acaba desapareciendo. Imagínense a los hombres sentados siempre en sus automóviles y trasladándose de estos a sus casas en otra clase de silla. En varias generaciones no solo ya nadie sabría andar, sino que se irían perdiendo las extremidades inferiores.

—Usted está hablando de la parte negativa de la teoría de que la necesidad crea el órgano.

—Exactamente, Shobert, ahí quería llegar: la necesidad crea el órgano —suspiró—. Pero creo que por esta noche ya hemos hablado suficiente; será más interesante que vean a algunos de mis pacientes. Por cierto, ahí viene la doctora Karst.

Vanessa les sonrió, aunque su sonrisa iba dirigida totalmente a Hut. En el rostro macilento del doctor Ivanovich se esbozó una ligera sonrisa que nadie captó, debido a la escasa luz reinante.

—¿Le convence lo que está viendo, doctor Shobert?

—Por favor, Vanessa, llámame Hut.

Silvy torció el gesto y se colocó más cerca de Hut, como advirtiendo a su rival que aquella presa le pertenecía, pues la había descubierto primero.

—He visto que tienen unas buenas instalaciones para la intervención, pero las instalaciones secundarias dejan que desear. No hay enfermeras.

—No es fácil encontrar enfermeras para trabajar aquí —repuso Vanessa—. No es un secreto para nadie que los pacientes aquí recluidos son todos homicidas psicopáticos.

El doctor Ivanovich abrió una de las puertas y encendió una luz.

Sobre una cama, solo cubierto por una sábana, había un hombre con los ojos cerrados y todo el cráneo vendado.

—Este es mi último paciente intervenido quirúrgicamente —mintió el doctor Ivanovich. No quería hacer alusión a la fracasada intervención en la que, por el temblor de sus manos seniles, el paciente había sucumbido.

—¿Y cuál ha sido el tratamiento? —preguntó Shobert observando al paciente y acercando simplemente el oído para auscultar el corazón.

—He intervenido directamente en el cerebro, y con palabras

sencillas para que la señorita Renoir pueda entenderlas, le diré que he extirpado su agresividad. Además, le he colocado un catalizador de mi invención que le proporcionará bienestar y le convertirá en un ser placentero.

—Supongo que para esas extirpaciones cerebrales tendrá los oportunos permisos de la familia del paciente, ¿verdad, doctor?

—Por supuesto. No acepto pacientes que no puedan ser intervenidos, ya le he dicho que mi terapia es una amalgama de la psicología y la cirugía y espero de usted, doctor Shobert, de sus manos jóvenes y perfectas, intervenciones igualmente perfectas. Esos catalizadores electrónicos tienen varios electrodos que deben ser colocados en los lugares precisos y es una labor sumamente difícil, solo apta para jóvenes genios como usted. La imperfecta colocación de uno de los electrodos del catalizador puede dar origen a irreparables o, por lo menos, molestas secuelas que siempre resultan desagradables.

—¿Teme que un electrodo mal colocado dentro del cerebro estimule ciertas neuronas que estén aletargadas?

—Algo así, doctor Shobert. Como usted no ignora, el cerebro extraído a un ser humano muerto por senilidad presenta el curioso cuadro de que, pese a haber vivido ochenta o noventa años, tiene un elevado tanto por ciento de zona virgen, neuronas que no han cumplido su función. Por eso, el cerebro es el mayor de los misterios que se presentan a nuestra ciencia.

—Doctor Ivanovich, el paciente está abriendo los ojos —observó Silvy.

En efecto, aquel hombre abrió los ojos, primero lentamente, luego hasta su totalidad. Sin embargo, su mirada no aparecía perdida como la de los dos pacientes utilizados como criados en el extraño caserón convertido en clínica avanzada para la recuperación de dementes homicidas.

Aquel sujeto, de unos treinta años y de fuerte complexión, se fijó en Silvy y comenzó a abrir la boca mostrando sus dientes en forma desagradable.

Luego, empezó a reír de forma alucinante mientras trataba de incorporarse.

Silvy se asustó, retrocediendo, pero el profesor, seguro de sí mismo aunque contrariado, dijo:

—No tema, debajo de las sábanas unas correas le sujetan. Vanessa…

—Sí, doctor.

—Inyéctele diez centímetros de tranquilizante, será suficiente.

Silvy, con la espalda pegada a la pared, observó cómo aquel psicópata que no le quitaba los ojos de encima mientras intentaba saltar del lecho, quedaba impotente ante las frías manipulaciones de la doctora Karst que, preparando una aguja hipodérmica, la hundió en su brazo sin el menor asomo de vacilación o pestañeo.

El paciente, al sentir aquel líquido ardiente dentro de sus venas, comenzó a aullar en forma tan espeluznante que Silvy hubo de taparse los oídos con ambas manos mientras volvía la cabeza hacia la pared.

CAPÍTULO VII

El abogado Von Güir, tras escuchar atentamente apoyando la oreja en la puerta de la habitación que le habían destinado, se atrevió a abrirla cautelosamente.

Miró hacia el corredor.

Allí no había más luz que la que entraba por una ventana situada al final del mismo y era escasísima, aunque suficiente cuando los ojos se habían acostumbrado a ella.

Afuera seguía lloviendo y el rumor del agua, al golpear contra los tejados y las ventanas, daba una extraña sensación de vida a aquel caserón que tenía algo de muerto allí junto a la laguna de la que emanaban vapores fétidos que alguien, en su día, había calificado como poseedores de grandes propiedades medicinales.

De lo único que se estaba seguro era de que varios habían muerto ahogados en aquellas aguas verdinegras. Luego, el balneario había perdido su escaso prestigio siendo abandonado hasta que el doctor Ivanovich lo compró por un precio irrisorio, con la posterior decepción de los escasos habitantes de Kleinburg que vivían al otro lado de las colinas, junto al puente que alguien había dicho era una puerta abierta para escapar al otro lado del río si los locos asesinos del doctor Ivanovich terminaban fugándose.

Von Güir sabía muy bien en qué habitación estaba Laura Hallen y caminó hasta ella embutido en una ligera bata. Llamó a la puerta quedamente con los nudillos y aguardó siempre mirando en derredor para no ser descubierto.

—¿Quién es? —preguntó Laura en voz baja e insegura.

—Soy yo, Walter. Abre, por favor.

Laura Hallen descorrió el pestillo de la puerta y le dio paso franco.

La alcoba estaba iluminada por el candelabro que se hallaba sobre una vieja cómoda de madera de haya barnizada en negro y con superficie marmolea de aguas verdosas.

—Walter, es arriesgado que vengas. El doctor Ivanovich ya nos ha recibido con hostilidad y él puede causarnos problemas, muchos

problemas.

—Y yo puedo causárselos a ese viejo loco que se cree un genio —masculló Walter mientras ponía sus manos encima de Laura, que vestía un vaporoso salto de cama.

La estrechó contra sí para besarla, pero la mujer solo aceptó la caricia en principio, lo rechazó casi inmediatamente.

—Vamos, Walter, déjame, no seas infantil. Debes de controlarte, no eres ningún muchacho de veinte años.

—¿Qué te pasa, Laura? Te noto muy rara. ¿No será que te has fijado en ese presuntuoso y joven doctor americano?

—Walter, últimamente estás diciendo muchas tonterías —replicó ella dándole la espalda.

Se acercó a la mesita de noche y sacó un cigarrillo del paquete, colocándolo entre sus labios. Con la llama de una de las velas del candelabro, le prendió fuego.

—Hemos de comportarnos sensatamente y capear el temporal. Hemos venido aquí para enterarnos de cómo está Peter.

—Claro, tú manejas su fortuna que, divorciada, no podrías controlar.

—Tú también posees tu propia fortuna, Walter, pero eres ambicioso, muy ambicioso.

—Laura, sabes que te quiero y puedo ofrecerte una vida que solo con dinero no se consigue. Yo puedo abrirte muchas puertas en los ambientes sociales más distinguidos de toda Europa.

—Lo admito, eres un abogado importante y bien recibido en todos los ambientes, y a mí me gustas, ya lo sabes.

—¿Solo te gusto?

—No te pongas quisquilloso ahora, estoy nerviosa, eso es todo. Piensa que en este maldito caserón está mi marido y ese endemoniado profesor. ¿Por qué crees que cuando en el sanatorio oficial me dieron facilidades para trasladar a Peter a un sanatorio particular, negándome toda esperanza de recuperación, se lo pasé al doctor Ivanovich?

—Porque él exigía documentos firmados para poder intervenirle. Es su técnica, una técnica que en los sanatorios normales no aceptan.

—Ya es un éxito sacar a un psicópata homicida de un establecimiento oficial, sea del país que fuere.

—Sí, cuando pasa el tiempo los médicos de turno se cansan, le dan poca importancia al caso y si los familiares presionan para que sean tratados en otros lugares, les entregan al paciente, ya que la justicia los considera enfermos y no reclusos penados. Como tú hay otros familiares que han entregado a sus pacientes psicópatas a un hombre como el doctor Ivanovich (que se comenta practica arriesgadas pruebas; que muchos médicos no aceptan) a ver si así se mueren pronto y se quedan sin el problema de su oveja negra.

—Pues sí, lo traje aquí para ver si se le quedaba entre las manos en una de sus endiabladas operaciones de cerebro. He oído que es muy fácil morir en una de esas intervenciones, aunque Peter es fuerte, muy fuerte, pese a que su cerebro esté podrido. Pero el profesor Ivanovich se muestra enigmático y no suelta prenda.

—Podía habernos dicho ya algo sobre tu marido —masculló Walter hundiendo sus grandes manos en los bolsillos de su bata.

—Si mañana sigue sin responder, vas a apretarle los tornillos a ese engreído brujo y, si hace falta, le chantajeas.

—No me gusta hablar de chantaje —gruñó Von Güir.

Al verle dubitativo, Laura Hallen se acercó a él y le pasó una mano por la nuca mientras le expulsaba el humo del tabaco en la cara.

—Insinúale que le sacaremos de aquí porque sospechamos que mi marido ha recibido malos tratos. Eso podría perjudicarle mucho. En fin, tú sabrás.

—Hablar de chantaje siempre trae problemas, Laura.

—Tú deseas que yo sea tuya, completamente tuya, ¿verdad? Además de no estar mal, tengo dinero, mucho dinero.

Él le puso la mano sobre la cadera, notando que solo vestía aquel vaporoso salto de cama.

—Está bien, le exigiré, le amenazaré.

—Eso es, Walter, y no te pongas nervioso; vas a tenerme siempre, hasta que te aburras de mí.

—Eso nunca, Laura, y tú lo sabes —dijo con la sangre encendida.

—Tonto... Tú le preguntas si lo ha intervenido y si no lo ha hecho aún que lo haga pronto y con los métodos más arriesgados. Yo firmaré lo que sea mientras él extienda luego su certificado de defunción.

—Es la forma de asesinato más sutil que conozco.

—No hables de asesinato, es una palabra bastante fea. Ahora sé bueno y regresa a tu habitación; no compliquemos más las cosas, no vaya a ser que el propio doctor nos chantajee a nosotros acusándonos de adulterio. No olvides que Peter tiene sobrinos y, si me acusan de adulterio, pueden quitarme la tutela de Peter y por consiguiente su dinero, que sería administrado por sus sobrinos.

—Quienes intentarían liquidarlo lo mismo que tú —dijo Walter con sarcasmo.

Laura le besó ligeramente, sin el apasionamiento de otras ocasiones; le había apaciguado y convencido para que hiciera lo que ella deseaba, y eso era suficiente.

Le abrió la puerta y lo puso en el corredor pese a que el hombre tendía ansioso las manos hacia su cuerpo sensual, pero ella, sonriente, le cerró la puerta.

Von Güir, pensativo, hundió las manos en los bolsillos de su bata. De repente, se percató de que no estaba solo en el corredor.

El olor a humedad era intenso y hacía destacar otro olor mucho más fuerte y hediondo.

La ventana del final del corredor estaba abierta y el ruido de la lluvia penetraba por ella de forma más audible.

Medio confundido entre el ruido de la lluvia, escuchó un ligero gruñido, un gruñido como de bestia disponiéndose a atacar.

Von Güir se desconcertó. De pronto, un relámpago debió de caer muy cerca del caserón. Todo retumbó y una luz vivísima y algo violácea penetró por la ventana.

Ante él descubrió a un ser horrible y muy velludo, algo que se salía de lo humano, bestial y extraño a la vez. Le miraba fijamente, con unos ojos obsesivos.

—Eh, ¿quién es, quién es?

El rugido se hizo feroz y aquella cosa medio agazapada saltó sobre él después de saltar contra la pared, como rebotando desde ella.

Von Güir quiso gritar, más no lo consiguió. Algo demoníaco, como una veintena de cuchillos, comenzaron a clavarse en su cuerpo, rasgándolo en medio de grandes salpicaduras de sangre.

Laura Hallen oyó los extraños ruidos y quedó perpleja. Pensando en Von Güir, se acercó a la puerta y la abrió.

Frente a ella, gracias a la luz que escapaba de su propio dormitorio iluminado por velas, vio a aquella cosa horrible y velluda, aquella bestia extraña que con grandes zarpas en manos y pies despedazaba el cuerpo del abogado.

Laura se tambaleó sin poder comprender. Aquel ser clavó sus ojos en ella y solo tuvo tiempo para cerrar la puerta cuando saltaba sobre ella.

Laura notó la embestida contra la doble hoja de madera. Se apresuró a correr el pestillo y luego se derrumbó junto a la puerta, incapaz de reaccionar.

El desmayo era su defensa contra aquel momento de locura que había presenciado.

En el corredor apareció una figura enorme, corpulenta. Era Fedor, que con una potente linterna iluminó a aquel extraño ser que semejó sentir miedo de él.

Gruñó amenazante mostrando sus enormes y mortíferas zarpas, pero Fedor sacó una pistola de cápsulas y disparó sobre él. Aquella bestia corrió hacia la ventana, pero allí cayó junto al alféizar.

CAPÍTULO VIII

Paul Benson fue el encargado de acompañar hasta sus dormitorios respectivos a Silvy y a Hut Shobert. Los tres iban en silencio. Paul Benson no era un hombre locuaz y sí ciegamente fiel al doctor Ivanovich, pese a que este no confiaba en su ciencia, en su habilidad como cirujano.

Vanessa Karst había seguido al profesor hasta su despacho que se hallaba junto al quirófano. La psiquiatra tenía conciencia de su belleza, de su sensualidad, lo mismo que Laura Hallen. Quien llevaba su belleza con más naturalidad, sin darle importancia, era Silvy Renoir.

Vanessa no habló hasta que el profesor estuvo sentado tras la mesa y oprimió las palmas de sus manos contra sus sienes.

—Parece preocupado, doctor.

—Vanessa, ese hombre me es imprescindible.

—A lo peor no quiere quedarse, quizá esto no le ofrezca los atractivos que busca. No le veo ambicioso socialmente, pero quién sabe, esto está muy alejado del resto de la civilización y además de médico es joven y también fuerte.

El profesor clavó en la mujer, sus ojos escrutadores, sin sensualidad, ojos de anatomista. Observó las caderas femeninos, su cintura y en especial sus pechos, que se pronunciaban altivos, casi incontenibles bajo la tela que los sujetaba y alzaba. Después, miró su cuello, sus labios, sus ojos oscuros e intensos y sus largos cabellos negros.

—Y usted muy hermosa.

—Creí que no se había fijado nunca en mí —respondió con un gesto de suficiencia.

—Yo no estoy para fijarme ya en ese aspecto de las cosas. Sé que es una eminente psiquiatra y todavía no comprendo por qué está aquí.

—Admiro su labor, doctor Ivanovich. Sé que usted conseguirá grandes logros en el campo de la neurocirugía y en los descubrimientos del principal órgano humano, el cerebro. Estoy

convencida de que abrirá grandes puertas a la ciencia, pero si me deja añadir algo...

—Naturalmente.

—Además de profesional, soy consciente de mi femineidad, también de mi belleza, ¿para qué alardear de falsa modestia? Y no le oculto que tengo sensibilidad al respecto. Eso sería lo único que me podría apartar de usted, profesor.

—¿Debo temer que me abandone ahora, cuando estamos ya convencidos de que, pese a los errores, a los fenómenos aberrantes que obstaculizan nuestra labor, llegaremos al éxito?

—No, doctor, no quiero abandonarle. Solo he dicho que la única causa que podría empujarme a cambiar mi destino sería el amor por un hombre, pero habría de ser un amor sublime, excepcional.

—¿Y una psiquiatra tan fría como usted cree en el amor sublime y excepcional?

—No estoy segura. Parecerá una paradoja, pero temo que si el amor hunde su zarpa en mí, he de entregarme en cuerpo y alma al hombre al que ame y a la inversa le exigiré otro tanto. Pensar en esa anulación de mí misma me da miedo.

—Yo no temo por usted, Vanessa. La veo una mujer fría, siempre segura de sí misma, de su cuerpo y de su mente. Nadie va a jugar con sus sentimientos; en cambio, usted sí puede jugar con quien quiera porque le sobra belleza e inteligencia para ello.

—Gracias, doctor. Viniendo de usted, es todo un cumplido.

—Que no le doy gratis, se lo advierto. Si yo fuera joven, creo que la temería.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

—¿Por qué?

—Porque acabaría haciendo lo que usted me ordenara, aunque solo fuera para conseguir unos pequeños favores amorosos, pero ya soy viejo. Mis manos, malditas manos, que en otros tiempos fueron seguras, ahora tiemblan, son el fiel exponente de mi senilidad. Mi sangre ya no se templa a la vista de una belleza. La admiro, naturalmente, pero no pierdo los sentidos.

—Hay viejos que sí los pierden.

—Son psicópatas sensuales e inmaduros pese a su senilidad. No, yo no padezco esa enfermedad, pero quisiera ver culminada mi

obra; hallar la confirmación práctica de mis teorías antes de morir.

—Estoy segura de que lo conseguirá, doctor.

—No con estas manos que tiemblan y fracasan.

—De todas formas, obtenemos éxitos parciales y luego, de otros pacientes ya en tratamiento psicomodificador, esperamos su evolución postoperatoria.

—Sí, pero no tengo la certeza de que ninguno de ellos sea perfecto. En cambio, las manos de Hut Shobert, esas manos que por tenerlas no dudaría en pactar con el diablo, sí pueden conseguirlo.

—Estoy segura de que esas manos colaborarán con usted, doctor. Esas manos le obedecerán, harán cuanto les ordene.

—No estoy yo tan seguro. Ese joven, aparentemente versátil, es duro e inflexible si se lo propone. Tiene un gran carácter y eso es quizá lo que le ha llevado a la perfección en su trabajo, tal como pregonan las revistas médicas especializadas, augurándole un brillante porvenir en la cirugía del cerebro.

—Supongo que Hut ambiciona la gloria y si usted tiene éxito, él obtendrá su parte de gloria.

—Pero él quizá no tenga una fe en ella como nosotros. Realmente, temo explicarle lo que me propongo, el verdadero sentido y trayectoria de mis experimentos. Él ignora para qué sirven esos catalizadores de mi invención. Temo que se escandalice y luego se marche de inmediato.

—Quizá, si le muestra alguno de sus éxitos parciales...

—Eso sería peor. Mis éxitos parciales son seres aberrantes que él no dudaría en catalogar como monstruos, y de esa misma forma calificaría mi obra, claro qué hay un medio para que se quede.

—Sus ojos intentan decirme algo, doctor.

—Así es, Vanessa. Su belleza podría retenerle aquí. Le haríamos intervenir con prontitud halagando su vanidad profesional, y una vez hubiera participado, se le podrían mostrar los primeros éxitos parciales. Es posible que se horrorizara, pero ya no podría escapar. Nosotros mismos le acusaríamos de haber participado también y tendría que seguir adelante, al principio a regañadientes, pero usted le suavizaría los ánimos, con la doble ventaja de que además de psiquiatra es mujer.

—¿Debo entender que usted quiere que yo utilice mi belleza física para retener a Hut Shobert?

—Se lo agradecería profundamente. No es usted ninguna niña e incluso creo que resultaría beneficioso para su sensualidad femenina ver a un hombre joven y brillante rendido ante sus encantos.

Vanessa miró hacia la luz, apartando sus ojos de la inquisitiva mirada del extraño doctor Ivanovich.

—No es tan fácil. Hut ha llegado ya con dos mujeres, y una de ellas es joven.

—Si ella es un estorbo, la haremos desaparecer.

—Gracias, doctor, pero confío en mí misma. De momento, he tomado ya mis posiciones.

El rostro antes preocupado del doctor Ivanovich se iluminó para preguntar:

—¿Ya se ha interesado por enamorar a Hut Shobert?

—He de admitir que sí, y emplearé todas las armas a mi alcance. No me importa decírselo a usted, sé que es capaz de comprenderme. Siento la imperiosa necesidad de dominar a Hut Shobert.

—Lo celebro.

En aquel momento, en el umbral de la puerta del despacho, apareció la gigantesca figura de Fedor. Su cabeza, brillante como uncida con óleo, rozaba el dintel.

—Doctor Ivanovich, Hallen ya está en su celda.

—Bien, Fedor, ya era hora de que lo atrapáramos. Sus posibilidades físicas desbordaban todo lo conocido hasta ahora.

—Es uno de sus éxitos, doctor —opinó Vanessa.

—Sí, pero es más peligroso que nunca y si ha obtenido unas cualidades, también hay que contar con su monstruosa deformidad. No, no es un ejemplar que se pueda mostrar al mundo como un éxito, porque aterrorizaría, y en el mismo caso están los demás.

—Doctor Ivanovich, el paciente Hallen ha exterminado a uno de sus invitados.

El doctor y la psiquiatra se miraron entre sí, inquietos. Vanessa se apresuró a preguntar:

—¿Quién ha sido la víctima?

—El abogado Von Güir.

CAPÍTULO IX

Las tres figuras subían por la escalinata, cada una de ellas con su respectivo candelabro de tres bujías.

Paul Benson era el primero en avanzar; a la altura del mismo peldaño, pues la amplitud de la escalera así lo permitía, le seguían Hut y Silvy.

Llegaron al corredor del piso alto cuyo suelo estaba cubierto por una larga alfombra. El viento húmedo y el fuerte rumor de la torrencial lluvia penetraban por la ventana que había al final del pasillo y que permanecía abierta.

—Fedor se habrá descuidado la ventana abierta —rezongó el bajo e impersonal Paul Benson.

Un nuevo trueno llegó hasta ellos tras el vivísimo relámpago. Hut Shobert, sin abandonar su jovialidad, y para infundir ánimos a Silvy, que parecía muy preocupada, opinó:

—Por lo visto, aquí las tormentas son fuertecillas.

—Es época de lluvias, aunque lo que es decir sol, bueno, no estamos precisamente en el Mediterráneo.

Al pisar la alfombra, Silvy, que llevaba zapatos bajos por comodidad, observó en voz alta:

—La alfombra está húmeda, se me ha mojado el pie.

—El caserón es viejo y no es de extrañar que tenga goteras.

Silvy no se preocupó y siguió caminando. Paul Benson se adelantó hasta la ventana y la cerró, informándoles de inmediato de cuáles eran sus respectivas habitaciones, la una frente a la otra.

—Que descansen —deseó.

Hut Shobert puso su candelabro sobre la larga cómoda y se desvistió escuchando el rumor de la lluvia que golpeaba contra la ventana.

Se tendió en el lecho dejando los cirios encendidos. Quería pensar un rato sobre todo lo que le había sucedido, sobre el doctor Ivanovich y las personas que le rodeaban.

Sin que se percatara de ello, por el dosel de la cama comenzó a salir un gas incoloro y apenas oloroso que le hizo fruncir un tanto la

nariz.

Comenzó a sentir los párpados pesados y laxitud en todo el cuerpo, fue una sensación de total relajamiento.

Tras una cortina se abrió una puerta falsa y en la habitación apareció la hermosa, enigmática y aparentemente fría Vanessa Karst.

En su mano llevaba un estuche de cuero negro. Se acercó al lecho y miró a Hut que estaba relajado, con los ojos cerrados.

—Pareces un niño ahora. Me agrada tu jovialidad, pero me temo que en el fondo eres soberbio y quieres dominar a las mujeres. Seré yo quien te domine...

Abrió el estuche y de su interior sacó una jeringuilla. Era pequeña y la aguja corta. Con su frialdad y meticulosidad habitual, rompió una ampolleta de cristal y pasó el líquido al interior de la jeringa.

Se sentó en el borde de la cama y tomó el brazo desnudo del hombre. Con una extraña sonrisa jugueteando en sus labios, le acarició los bíceps y en voz baja, casi un susurro que la mente del hombre logró captar aunque sin saber de dónde procedía, le dijo:

—Eres un Apolo, un atleta, un hombre físicamente perfecto.

Oprimió con el pulgar de su mano izquierda cierta parte del brazo y la ancha vena del pliegue del codo comenzó a abultarse ligeramente, acusándose más su tono azulado.

Pese a la escasa luz, Vanessa hundió hábilmente la aguja en la vena. De inmediato, el interior de la jeringuilla se tomó rojo al pasar a ella la sangre con la fuerza de la presión que mantenía en el interior de la vena. Aquello amplió la sonrisa femenina.

—Eres poderoso también en sangre.

Empujó el émbolo de cristal con decisión hasta introducir el contenido de la ampolla en la sangre masculina. Retiró la jeringuilla y secó con un algodón el punto rojo que había quedado como huella de aquella inyección venosa inesperada para Hut Shobert.

CAPÍTULO X

Silvy Renoir se hallaba pensativa. Había prometido a Hut Shobert decidir aquella noche si permanecería allí para continuar la tesis doctoral que se había propuesto.

Algo le decía que debía marcharse rápidamente, pero Hut le gustaba, le atraía y sabía que si se alejaba de él en aquellos momentos, lo perdería para siempre. Posiblemente, jamás volviera a verle, y Hut Shobert no era un hombre vulgar; era un hombre muy completo, brillante y físicamente perfecto.

Suspiró.

Dejó el candelabro sobre la mesita de noche y se dispuso a acostarse. Para ello, se sentó en el mullido lecho de alto dosel y recargado de velos. En su tiempo, aquella cama pudo resultar muy lujosa, pero en la actualidad se veía anacrónica y poco funcional.

Silvy deseaba que el propio Hut renunciara a quedarse en aquel balneario que las escasas gentes que quedaban en Kleinburg miraban con recelo y desconfianza.

No les gustaba aquel extraño sanatorio de locos homicidas, un sanatorio que carecía de muros o rejas y estaba dirigido por un hombre enigmático que, según la opinión de muchos, era más peligroso que los propios dementes.

Sin embargo, se daba perfecta cuenta de que no iba a ser fácil convencer a Hut para que abandonara aquel lugar, por lo menos antes de que comprobara los posibles éxitos o fracasos del discutido doctor Ivanovich.

Procedió a quitarse los zapatos; los tenía mojados, sucios. Algo viscoso los empapaba y estaba segura de no haber pisado el barro, pues no había salido del caserón desde la llegada.

Recordó el corredor, la alfombra mojada por alguna posible gotera, a decir del anodino Paul Benson.

Al quitarse los zapatos, los examinó casi con indiferencia a la luz de las bujías. Pronto llamó su atención el color rojo oscuro de la suciedad que los empapaba.

Parpadeó perpleja y apartó el zapato de su mano. Esta quedó

también manchada de rojo oscuro y a una estudiante de medicina que estaba casi a punto de culminar la licenciatura, no se le podía escapar lo que era aquello.

—¡Sangre!

Sintió un escalofrío en su espalda y temblores en sus manos. Ver sangre en un quirófano, en una herida abierta, era algo que todos no eran capaces de resistir, pero hallarla en aquel lugar desagradable, en mitad de la noche y a la luz de unas llamas vacilantes, era algo muy distinto.

La vivísima luz penetró por el ventanal y, al instante, su miedo aumentó al comprobar que no estaba sola.

El relámpago había recortado una figura gigantesca que le pareció inhumana, una figura que extendió sus enormes brazos para apresarla.

—¡No!

Por segunda vez aquella noche, quiso gritar sin conseguirlo.

Una manaza enorme le tapó la boca y la nariz, de forma que casi la asfixiaba, y su deseo más inmediato era encontrar aire para sus pulmones.

Se sintió levantada como si careciera de peso, la fuerza de aquel hombre era descomunal, y cargando con ella se la llevó hacia las escaleras.

Más por falta de aire que por miedo, Silvy sufrió un desmayo. Cuando recobró el conocimiento, se descubrió a sí misma cargada sobre los hombros de aquel gigante, sin más pelo en su cabeza que el de las cejas.

—¡Suélteme, suélteme!

Fedor siguió avanzando por las entrañas subterráneas del caserón, iluminadas estas con luz eléctrica, aunque las bombillas tenían el mínimo de potencia para ahorrar consumo.

Sus puños golpearon la espalda de Fedor sin ningún éxito. Los brazos del gigante la sujetaban por los muslos y no podía escapar.

Al fin, se detuvo y la descendió hasta el suelo frente a una mesa despacho. Al otro lado estaba el enigmático doctor Ivanovich que sonreía de forma muy especial.

—Buenas noches, señorita Renoir.

—¿Qué significa esto? ¡Es un atropello!

Fedor dijo algo en una lengua que Silvy no comprendió. El

profesor observó entonces las manos ensangrentadas de la joven y le preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido, señorita Renoir?

Silvy miró sus manos, sucias de sangre, y sintió miedo, un miedo pavoroso.

—¿Qué han hecho ustedes, a quién han asesinado?

Antes de obtener respuesta, quiso correr hacia la puerta, más Fedor la cogió por el brazo y el tirón fue tan fuerte que ella pensó que la desmembraba.

—Es usted demasiado curiosa, como todas las mujeres.

Ivanovich suspiró y se levantó de detrás de la mesa.

—¡Suélteme, no tiene derecho a retenerme!

—Usted quería saber de mí, de mi obra, y se la voy a mostrar personalmente.

—¡Yo no quiero saber nada!

El profesor sonrió nuevamente, con suficiencia.

—Usted ya no tiene derecho a decir nada ni a dar su opinión.

Habló a Fedor en la extraña lengua y este, sin solarla, empujó a Silvy fuera del despacho.

—¿Adónde me lleva?

—Usted quería conocer mi obra, ¿no es así?

—¡Si no me suelta, gritaré, le juro que gritaré!

—Puede hacerlo cuanto quiera. Estamos acostumbrados a los gritos de los psicópatas y será uno más.

Silvy chilló con toda su alma, y su grito se vio coreado por otros que sonaban algo lejanos. La joven se asustó todavía más.

El corredor era largo, angosto. Quiso aferrarse a las paredes, pero fue inútil, Fedor tenía una fuerza superior a lo humanamente normal.

Al fin, se detuvieron frente a una de las puertas y el profesor la abrió. Silvy temió hallarse ante un loco como el que la había querido atacar, pero la celda estaba vacía. Allí solo había una cama y una mesita de noche.

El doctor oprimió un resorte y la pared del fondo giró sobre un eje, apareciendo unas escaleras descendentes.

Una luz mortecina las iluminaba, pero ya las paredes eran oscuras; no estaban cuidadas ni pintadas en absoluto.

Fedor la obligó a bajar por las escaleras húmedas y resbaladizas.

Silvy iba descalza y el contacto de sus pies con aquel moho viscoso resultaba desagradable.

Llegaron a un subsótano.

Era una sala grande, casi circular, y en derredor se abrían muchas celdas cuyas puertas eran rejas de gruesos barrotes.

Lo que allí había era alucinante. Los gritos la obsesionaron, era como hallarse en el centro de un cerco de fieras diabólicas.

El doctor Ivanovich dio a un conmutador y se encendió una potente luz en el centro de la sala. Los aullidos aumentaron.

El profesor tomó un látigo que había sobre una solitaria mesa, en el centro de la sala y frente a una silla, y lo hizo restallar con sequedad. Los gritos se calmaron. Aquellos seres temían el látigo; posiblemente habían probado su amargo contacto.

—¡Doctor, doctor! ¿Qué es todo esto, qué es esta alucinación? ¿Estoy viviendo una horrible pesadilla? —chilló Silvy casi fuera de sí al ver a aquellos seres monstruosos.

—No, señorita Renoir —respondió tras fustigar los barrotes con su látigo para apartar a aquellos seres aberrantes por su locura científica—. ¿Es que no ha oído hablar de la metamorfosis?

—¿Metamorfosis? Esa es una parte de la vida de los insectos.

—Yo he provocado una metamorfosis evolutiva en los seres humanos. He de admitir que mis éxitos han sido parciales y en su mayor parte monstruosos, pero la metamorfosis ha tenido lugar. Mírelos, mírelos bien. Ese que está tendido en el suelo, ese ser velludo y de grandes zarpas en manos y pies, no es otro que el marido de la ambiciosa Laura Hallen.

—¡Qué horrible, Dios mío!

—¿Horrible? Era un loco asesino. Ella me dio permiso para intervenir su cerebro y lo hice. Le puse el catalizador de mi invención, pero este es muy complicado. No siempre se acierta al conectar los electrodos en las neuronas cerebrales y luego ocurre lo que ocurre. Mis manos son viejas, tiemblan, pero las de Hut Shobert no. Él conseguirá el milagro.

—¡Hut jamás se prestará a unos trabajos semejantes!

El profesor, como contagiado de la locura de aquellos seres deformados, soltó una carcajada.

—El brillante y joven doctor Shobert no sabrá, por el momento, qué es lo que ocurre con sus pacientes. Él operará el cerebro y

colocará mi catalizador electrónico en los puntos clave, en esos puntos que solo yo conozco y que le iré comunicando. Él creerá que lo que hace es pacificar a psicópatas asesinos. Ignorará que pondrá en actividad unas partes del cerebro hasta ahora dormidas. Muchos animales, inconscientemente, utilizan esa parte del cerebro para conseguir miembros que han perdido. La necesidad crea el órgano, esa es la gran verdad, pero hasta ahora solo ha sido posible gracias a un proceso de evolución lastimosamente lento. Yo he descubierto el medio de que se haga rápido, muy rápido. El catalizador prepara las neuronas para que entren en actividad y transformen diversas células del cuerpo. Parece mentira que una oruga, blanda y gelatinosa dentro de su capullo, se convierta luego en un insecto de partes duras y poderosas en su pequeñez, ¿verdad? Pues en el ser humano hago que ocurra lo mismo. Carne y grasa sobrante se transforman por la voluntad del cerebro, solo que nuestro consciente es incapaz de controlar ese poder mental. La naturaleza ya da en sí misma aberraciones congénitas: cuerpos con dos cabezas, seres con tres piernas. Yo obtengo esos procesos artificialmente. Cuando el enfermo ya está operado, cuando sus neuronas clave están a punto de entrar en actividad, la doctora Karst les ordena, les mentaliza sobre lo que les hace falta, les crea una obsesión cerebral. Fíjese en Hallen, narcotizado ahora por su peligrosidad, pues él ha descuartizado a Von Güir.

—¡No! ¡Dios, cuánto horror!

—Vanessa le ordenó que comiera y le pusimos la comida en el techo. Él no la alcanzaba. Vanessa le mentalizó de que debía de cogerla o moriría y empezó la metamorfosis rápida de su cuerpo, algo jamás soñado hasta ahora, algo que solo yo he conseguido. Hallen tenía que alcanzar la comida y nosotros queríamos que con esa necesidad se creara un órgano nuevo, que se proveyera de alas. Desgraciadamente, lo que se metamorfoseó fueron sus uñas, se convirtieron en enormes garras capaces de clavarse en cualquier pared. Son tan duras como las de un leopardo, pero más grandes y tienen la facultad de una araña. Hallen se convirtió en una mezcla de hombre araña y leopardo. Se le ordenó que comiera y lo hizo, porque subió por la pared y alcanzó por el techo sin caerse. No obtuvo alas, pero sí el poder de caminar por techos y paredes, claro que, al mismo tiempo, su cuerpo se hizo extrañamente velludo,

tomando ese aspecto repugnante que ahora tiene, lo mismo que otros. Fíjese en aquel. Le amputamos una pierna para crear en él una necesidad y en vez de crecerle otra pierna, como ocurre con un saurio menor, el único pie que tenía se le metamorfoseó, agrandándose, arqueándose sus dedos hasta formar una plataforma que le sostiene con gran perfección. Admito que es monstruoso, pero nunca visto, y así los demás. Observe a aquella mujer, con principio de alas cartilaginosas al estilo de los quirópteros.

—¡No, no quiero ver más monstruosidades, es horrible, horrible!

—Sí, no es nada divertido, pero muchos darían la vida por conocer todo esto y mi trabajo me cuesta rendirle cuentas a la policía. Cuando uno muere o se metamorfosea, Fedor y Paul Benson salen en busca de algún ser solitario y lo traen aquí para que ocupe su lugar. Después, es fácil engañar a la policía haciendo pasar a unos seres por otros. Poca luz, seres psicopáticos, desencajados, narcotizados. Es un problema que he solventado, pero me hacen falta manos brillantes para colocar mejor los electrodos de mi catalizador y conseguir crear nuevos órganos por necesidad inculcada por Vanessa. Al fin, obtendré seres fuertes, esbeltos, bellos alados; seres superiores que a buen seguro, y a la larga serán quienes dominen nuestro universo.

—¡No lo conseguirá! Es horrible, pavoroso; es satánico lo que usted hace y pretende, usted no es Dios.

—No puede negar mi obra, señorita Renoir. Usted la está viendo, la rodea, la alucina —siguió riéndose.

—¡Es la obra monstruosa de un ser monstruoso como usted! ¡Hut jamás se prestará a secundarle!

—Ya lo creo que sí. En estos momentos, Vanessa le estará haciendo ver la conveniencia de quedarse aquí entre nosotros y le aseguro que sabe lograr lo que se propone.

—¡No conseguirá que Hut le secunde!

—He cometido fallos en principio y se me escaparon dos de mis obras. Una es Hallen, que ya ha sido capturado; la otra, en su metamorfosis, adquirió un aspecto muy extraño, parecido a un hidrosaurio, y desapareció en las aguas de la laguna. Ignoro si ha muerto o sigue con vida. Por si acaso, los perros vigilan, pero ya no cometeré más errores. He tomado más precauciones y, al final, mi obra será completa. Cuando consiga ese ser bello, fuerte, inteligente

y alado, aniquilaré estas aberraciones, estos puntos iniciales de mi obra, y solo quedará lo perfecto, que mostraré al mundo asombrado.

—¡Nunca tendrá éxito, está loco, loco!

El doctor Ivanovich dijo algo a Fedor en la lengua extraña y este obligó a Silvy a sentarse en la silla. Sacando cuerdas de un cajón, la ató cuidadosamente.

—¡Hut me sacará de aquí, él llamará a la policía!

—Qué ingenua es usted, señorita Renoir —suspiró—. Yo tenía que enseñar a alguien mi obra, era una necesidad imperiosa, puesto que todavía no puedo mostrársela a Shobert. Él no descubrirá nada. Cuando usted esté en el quirófano, tendrá el rostro cubierto por una mascarilla y el cuerpo por una sábana. Solo verá la parte craneana a intervenir.

—¿Quéééé?

El espanto se reflejó en los ojos verdes de la muchacha, que no quería comprender lo que acababa de oír.

CAPÍTULO XI

Hut Shobert despertó con ligera sensación de fatiga. Por la ventana entraba luz, aunque escasa. Seguía lloviendo con insistencia, la tormenta no amainaba lo más mínimo.

Abrió los ojos y miró hacia la ventana. Allí, de espaldas a él, había una hermosa mujer vestida con ropa íntima. Su belleza saltaba a la vista y su cabello negro le caía por la espalda, negro y abundante.

—Eh, ¿quién es usted? —preguntó con voz algo ronca.

La mujer dio la vuelta despacio, sensual como una pantera. Todo en ella era sensual y atractivo. Sonreía y semejaba transfigurada.

—¿A estas alturas no vas a conocerme, Hut?

—Vanessa...

—Lo dices como si acabaras de entrar en esta habitación.

En aquel instante, en la mente del hombre se reflejaron vivas secuencias de un tiempo que le parecía no haber vivido, de una especie de sueño sumamente erótico en el que los actores principales eran aquella extraña mujer y él.

—No entiendo nada —dijo con sinceridad.

Ella se acercó al lecho y se sentó junto a él. Le besó en los labios.

Hut no la rechazó, pero sintió una extraña sensación; algo le atraía hacia ella y algo le hacía repelerla. Era obvio que no la amaba, pero se podía sentir atracción sensual sin amor.

No se entregó a la caricia. Ella puso un gesto de desagrado en su rostro, pero lo borró enseguida. Se apartó de él y recogiendo su vestido dijo:

—El doctor Ivanovich estará esperándonos; él es siempre muy puntual.

Hut Shobert seguía perplejo, jamás se había sentido de aquella forma. Tenía la sensación de haber sido drogado.

Instintivamente, con la experiencia profesional que le caracterizaba, se miró el pliegue del codo de ambos brazos, descubriendo la huella de una punzada. Pasó suavemente la yema de su índice sobre ella y luego miró la puerta por dónde la mujer se

había marchado.

«¿Cómo lo habrá conseguido? —se preguntó—. ¿Será posible que una mujer como ella, una doctora en psiquiatría, obtenga satisfacción a sus instintos por este procedimiento tan inadecuado como censurable?».

No quiso hacerse más preguntas. En adelante debería tener más cuidado con Vanessa. Se vistió y abandonó la habitación. De inmediato, llamó a la puerta que tenía enfrente.

Su llamada no obtuvo respuesta. Movió el pomo de la puerta y la hoja cedió. Se introdujo en la alcoba y comprobó que estaba vacía.

—No puede ser. Silvy no está aquí y tampoco hay nada de ella.

Tocó el lecho. Estaba impecable y frío, ningún cuerpo humano lo había calentado. ¿Sería posible que no hubiera llegado a acostarse?

—¿Me habré equivocado de habitación?

Comprobó en los dos cuartos contiguos y tampoco halló a nadie.

—Laura Hallen y Von Güir no están.

Al regresar al pasillo, en el que de haber observado con atención hubiera advertido que la alfombra había sido quitada, se le cruzó una sombra que le sorprendió.

—Buenos días, doctor Shobert.

—Ah, es usted, doctor Benson.

El pequeño y anodino doctor le sonrió fríamente.

—Sí, soy yo. Abajo le espera el doctor Ivanovich, que tiene gran interés en hablar con usted.

—¿Y la señorita Renoir?

—Se ha marchado ya.

—¿Qué se ha ido?

—Así es —repitió alejándose hacia la escalera.

A Hut Shobert comenzaba a dolerle la cabeza. Silvy le había dicho que esperaría, que pensaría para tomar una resolución. Sin embargo, se había ido sin siquiera despedirse.

Pensó en Vanessa, recordó aquellas escenas libidinosas que le parecían parte de un sueño y en las que él no había participado conscientemente. Se preguntó si Silvy se habría acercado a su habitación en aquellos momentos, descubriéndoles.

¿Habría sido aquel el motivo de su súbita marcha, habría

pensado en él como un sujeto desagradablemente lascivo?

Confundido, bajó las escaleras.

Sentado ante la mesa solo estaba el doctor Ivanovich, servido por los dos psicópatas recuperados. La puerta que daba al zaguán del caserón se hallaba abierta y junto a ella estaban los dos grandes perros daneses, mirando hacia el exterior mientras el agua caía y caía, formando un gran barrizal.

—Buenos días, doctor Shobert, si es que puede llamarse buenos días a este tiempo tan desagradable.

—Sí. Por cierto, ¿y los demás?

—¿A quiénes se refiere, doctor Shobert?

—Pues al abogado Von Güir, a Laura Hallen y a Silvy Renoir.

—Desgraciadamente, se han marchado muy de madrugada.

—¿Desgraciadamente? —repitió suspicaz mientras los silenciosos psicópatas le servían el, desayuno.

—Pues, sí. He insistido para que no se marcharan, los caminos están muy mal para regresar a Kleinburg. Hay verdaderas torrenteras capaces de arrastrar al «Land-Rover». La laguna se ha elevado varias pulgadas y ello es síntoma de que el río ha crecido demasiado.

—Si el retorno era peligroso, ¿por qué les ha dejado marchar?

—Ellos han insistido, mi querido y joven doctor, yo no podía retenerles aquí. La señora Hallen visitó a su marido, tratamos unos asuntos con su abogado y luego hablaron de marcharse. Como la señorita Renoir quería hacer lo mismo, se fue con ellos. No me gustaría ser desagradablemente agorero, pero pudiera ser que terminaran encontrando el vehículo río abajo y los cadáveres flotando.

—Doctor Ivanovich, habla de la muerte de esas tres personas como si no tuviera ninguna importancia.

—Creo que no me ha comprendido bien, doctor Shobert. He insistido en que esperaran, pero al parecer no saben apreciar los encantos de este lugar y se han alejado. Si tuviera línea telefónica, avisaría a la policía para que comprobara la llegada del «Land-Rover», pero desgraciadamente vivimos muy aislados y me temo que en mitad de una tormenta como esta ni el teléfono serviría.

—Sí, claro —aceptó al fin, molesto y desanimado.

—Es usted un doctor demasiado brillante para preocuparse por

tonterías. Su norte debe de ser la ciencia pura, claro que usted es humano y, pensándolo, la doctora Vanessa también lo es.

—¿Vanessa?

—Sí —se llevó la taza a los labios y, por encima de ella, vigiló las reacciones del joven.

—Es una mujer extraña.

—Todos los genios son extraños, y la doctora es un genio en su especialidad.

—¿Y usted no ha notado algunas reacciones anormales en ella?

—¿Reacciones anormales, qué reacciones iba a notar? Está usted un poco raro esta mañana, doctor Shobert. Por cierto, la doctora y yo estuvimos ayer noche hablando un poco de usted.

—¿Ah, sí? ¿Puedo saber lo que dijeron?

—Vanessa está muy interesada por usted. Creo que le admira; es más, me atrevería a asegurar, y disculpe las observaciones de un viejo como yo...

—Diga, doctor Ivanovich.

—Pues diría que está enamorada de usted.

—¿Acaso cree usted en el flechazo? La doctora y yo acabamos de conocernos.

—Sí, pero en esta casa hace tiempo que se venía hablando de usted. Ella le admiraba como neurocirujano, claro que una cosa es lo que cuentan los demás y la otra lo que usted puede llegar a demostrarnos.

—¿Qué espera, que haga acto de lucimiento?

—Precisamente tengo para hoy una difícil intervención: anulación de la agresividad y control del resto del cerebro mediante el catalizador de mi invención.

CAPÍTULO XII

El doctor Ivanovich miró directamente a Shobert.

—Bien, la operación va a ser llevada a cabo.

—De acuerdo, presenciaré la intervención.

—Venga conmigo. Tengo ropa que puede usted utilizar y guantes de varias medidas.

—Quizá no sea necesario, solo seré un simple observador.

—Posiblemente le pida alguna ayuda. Aquí, como usted observó, no tenemos abundancia de personal.

Ambos se vistieron adecuadamente para la intervención que debía de llevarse a cabo. Lavaron sus manos cuidadosamente y luego se las enguantaron, pasando al quirófano.

En el quirófano estaban Paul Benson y Vanessa Karst, que miró intensamente a Hut Shobert. Hasta el propio doctor Ivanovich se percató del cambio operado en la mirada de la mujer, algo parecía haberla transformado.

Hut apartó su mirada de Vanessa, se había percatado de la intensidad de los ojos femeninos. Él no la amaba, pero saltaba a la vista que ella parecía haberse enamorado de él.

Fijó su mirada en la paciente tendida en la mesa de operaciones. Todo estaba preparado alrededor del cráneo para intervenir.

El rostro de la mujer estaba tapado por la careta de la anestesia que controlaba la propia Vanessa.

Hut Shobert tuvo la sensación de que conocía a aquella mujer. Fue un pensamiento absurdo y que desechó enseguida. Era imposible conocerla.

La sábana que la cubría no lograba disimular sus curvas anatómicas de las que estaba bien provista. Evidentemente, aquella mujer era joven y hermosa, por lo menos de cuerpo, ya que el rostro no se veía. Estaba oculto en parte por la careta y en parte por telas de protección.

La cabeza estaba afeitada y un paño se extendía sobre ella dejando solo un agujero localizado exactamente en el lugar donde debía de practicarse la difícil intervención quirúrgica, aquella

intervención cuyas consecuencias el propio Hut Shobert ignoraba.

—Doctor Shobert, es para mí un honor que esté aquí —dijo solemne el doctor Ivanovich, deseoso de ganar su confianza, cuando ya Paul Benson le entregaba el bisturí con el que practicó la primera incisión en la piel del cráneo.

Shobert observó que el doctor Ivanovich era un experto, de eso no cabía duda, pero sus manos ya no eran tan hábiles; temblaban, y ello le inquietó.

Después, de levantado el cuero craneano, practicó unas perforaciones circulares con una broca especial. Luego, con un útil adecuado, fue rompiendo el cráneo entre perforación y perforación hasta conseguir levantar el pedazo de hueso que dejó al descubierto una parte de la masa cerebral de la mujer que allí tendida estaba sufriendo la diabólica implantación del catalizador.

—Ahora, hay que apartar cierta zona de la masa cerebral para introducir el catalizador en la forma exacta y adecuada. Es el momento más difícil de la intervención. Aquí las equivocaciones se pagan caras.

—Conozco perfectamente la zona a tratar, doctor Ivanovich. El cerebro es un misterio, pero, desgraciadamente, he tenido que extirpar muchos tumores, algunos de ellos malignos —dijo Hut.

—Ahora, el trabajo es a la inversa. No hay que ahuecar dentro del cerebro para extraer algo maligno, sino para imponer algo útil.

Tomó las pinzas con el catalizador, pero sus manos temblaron y vaciló mientras su frente apergaminada se perlaba de sudor.

—Doctor Shobert, he de admitir que mis manos ya no me responden en la forma que yo desearía.

—Pues es muy peligroso seguir adelante en estas circunstancias —sentenció Shobert consecuente.

—Debo dejar paso a manos más jóvenes.

—El doctor Benson, que es su ayudante directo, puede proseguir el trabajo; se lo habrá visto hacer en otras ocasiones.

—El doctor Benson es aventajado, pero no está capacitado para esta labor.

A Hut le dolió la humillación que recibía en aquellos momentos el doctor Benson, pero este se limitó a bajar la cabeza y a mirar de reojo a Vanessa. A Hut le dio la impresión de que estaba enamorado de ella, pero posiblemente jamás se atrevería a confesárselo.

—En esas circunstancias…

—Jamás le he pedido a nadie un favor, doctor Shobert, pero a usted se lo pido cuando el cerebro de esta mujer está abierto: Coloque el catalizador.

Antes de aceptar, Shobert respiró hondo y al fin tomó las pinzas que le tendía el profesor y con ellas el catalizador, enfrentándose con la abertura craneana que el doctor Benson se esforzaba por mantener limpia y sujeta por las pinzas que tiraban del cuero craneano.

Ivanovich observaba con el máximo de atención las manipulaciones de Hut Shobert. Este le hizo algunas preguntas técnicas que el senil neurocirujano le respondió para realizar su trabajo con el máximo de perfección.

Fue media hora de difícil trabajo, de aguante de pulso, de búsqueda del lugar preciso para evitar daños irreparables en la masa cerebral.

—Espero que todo haya salido bien.

—Seguro que está perfecto —dijo satisfecho el doctor Ivanovich tras mirar la pantalla que controlaba el corazón femenino y que no había vacilado en ninguna ocasión.

—¿Tiene el material apropiado para cubrir el hueco craneano?

—Por supuesto, una placa de platino que se adapta a la perfección.

—Pues sigamos y taponemos cuanto antes la abertura.

Fue colocada la placa de platino y luego cerrada y cosida la herida.

—Al fin listo. Confío que todo haya salido perfecto.

—Sí, esperemos que su catalizador funcione adecuadamente y los electrodos hayan quedado debidamente conectados.

—Estoy seguro de su eficiencia, doctor Shobert. Las revistas médicas hablaban bien de usted, pero la realidad ha superado lo que esperaba.

—Gracias, pero no merezco tantos halagos, y menos hasta observar el resultado.

Regresaron al cuarto para cambiarse. Allí, Hut se quitó los guantes y la ropa.

El doctor Ivanovich parecía muy satisfecho, pero Hut seguía pensando en Silvy.

El profesor fue hacia su despacho para buscar algo y en aquel instante que descuidó la atención de Hut, este pasó al quirófano en el momento en que la paciente iba a ser trasladada de allí. Le vio el rostro al descubierto y el espanto se apoderó de él.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

CAPÍTULO XIII

—¡Laura Hallen, es Laura Hallen!

Vanessa y Paul Benson se volvieron hacia él, pálidos. No esperaban que descubriera tan pronto el engaño, aquellas eran las órdenes del doctor Ivanovich.

Este apareció por detrás de él y le dijo con voz profunda:

—Por la ciencia es válido cualquier sacrificio y experimento.

—¿Qué clase de demonio es usted, qué le ha hecho a esta mujer? ¡Estaba sana, sana! ¿Por qué meterle su catalizador en el cerebro, qué clase de artilugio es?

—Son muchas preguntas.

—¡Rápido, otra vez al quirófano, hay que quitarle el catalizador! —gritó Hut.

Paul Benson y el propio doctor Ivanovich se interpusieron. Este gritó algo en una lengua extraña y no tardó en aparecer la figura gigantesca de Fedor, que debía de estar cerca.

—¡No, ella será una obra perfecta y hay más, muchos más!

—¡Silvy, sí, deben de tener a Silvy también…! ¡Jamás conseguirá nada, yo se lo impediré, al quirófano otra vez!

Empujó la camilla de Laura Hallen de nuevo hacia la sala de operaciones.

Los ojos del doctor Ivanovich se encendieron. Comprendió que no podría dominar a Hut Shobert, enfurecido al percatarse del engaño, y ordenó a Fedor:

—¡Mátalo, jamás podremos convencerle!

Repitió la orden en la lengua de Fedor, ya que, sin darse cuenta, la había dicho de forma que la entendiera el propio Hut.

Hut paró los primeros golpes de Fedor, pero fue inútil. Aquel gigante, además de tener una fuerza descomunal, era un experto en luchas orientales y levantó a Hut estrellándolo contra la pared.

Luego, lentamente, fue hacia él con las manaras por delante, dispuesto a desnucarle.

—¡No! —gritó Vanessa—. ¡Que no le mate, doctor Ivanovich!

—¿Qué le ocurre, Vanessa, es que se ha ablandado ahora?

—¡Que no le mate! —gritó fuera de sí.

Ni ella misma se conocía. Había bastado una noche de amor para que ella, tan fría, hubiera quedado esclavizada de un hombre que ni siquiera la amaba.

—¡Mátale, Fedor, mátale!

Fedor se arrodilló sobre Hut Shobert, cogiéndole la cabeza.

Vanessa se hizo con un bisturí y, como una pantera, saltó contra Fedor. Con precisión de cirujano, le hundió el bisturí entre las vértebras cervicales.

Fedor puso los ojos en blanco y cayó en redondo, muerto instantáneamente.

—¡Maldita seas, ese tipo te ha trastornado! —aulló el doctor Ivanovich sacando del bolsillo una pequeña pistola de seguridad con la que apuntó a Vanessa e hizo fuego.

—¡No! —gritó Paul Benson—. ¡A ella no!

Vanessa, herida mortalmente, se desplumó. Paul Benson se abalanzó sobre el profesor y ambos se enzarzaron en una pelea feroz.

—¡Suelta, estúpido, te voy a matar!

—¡Maldito loco, te he estado aguantando por Vanessa, por el amor de Vanessa, porque tú eres un loco y nada más!

Forcejearon adentrándose en el laboratorio. Empujaron la camilla y esta fue a chocar contra uno de los aparatos electrónicos del quirófano. Saltaron las chispas y la corriente eléctrica se transmitió por la camilla metálica. Laura Hallen, que estaba sobre ella, se convulsionó, electrocutándose.

Hut Shobert se despertó de los fortísimos golpes encajados. Fedor estaba materialmente encima de él.

Mientras, los dos médicos seguían luchando; el uno, loco por el amor de una mujer que jamás habría de corresponderle y el otro, psicópata por una diabólica ciencia en la que se había sumergido para cometer monstruosidades capaces de espeluznar a las mentes más serenas.

—¡Hut, Hut! —llamó Vanessa apenas sin voz.

Estaba sentada junto a la pared, manándole sangre por el vientre.

—Vanessa, ¿qué ha ocurrido?

—Amas a Silvy, ¿verdad?

—¿Dónde está ella? —inquirió apremiante, percatándose de la pelea que se estaba desarrollando dentro del quirófano.

—Abajo, con los monstruos. Es la última celda, hay una pared falsa, pero si me llevas contigo...

Las chispas eléctricas habían prendido en algunos muebles y ropas y el quirófano comenzó a arder.

Hut se creyó en el deber de ayudar a la moribunda y se acercó a ella para recogerla, pero esta blandió traidoramente el bisturí para hundirlo en el cuerpo de Hut al tiempo que jadeaba.

—Tú no serás de ella, sino mío, mío para siempre.

Escapó por milagro al bisturí que le hizo un corte en el hombro por el cual manó la sangre.

—¡Tú también estás loca!

Por segunda vez, Vanessa intentó alcanzar a Hut con el bisturí, con la rabia de querérselo llevar al infierno con ella.

El hombre escapó y se alejó dejándola allí agonizante mientras gruñía palabras entrecortadas en una lengua desconocida.

El incendio se incrementaba.

Hut corrió hacia última de las celdas. Tanteó la pared que le habían indicado y al fin halló un resorte. Ante él apareció la escalera descendente y extraños gritos y aullidos atronaron sus oídos.

Descubrió la sala circular y a los monstruos allí encerrados, seres que ya habían perdido su aspecto humano.

Silvy estaba atada a una silla, con las manos a la espalda y la cabeza rapada. Le habían dejado solo un centímetro de cabello, su larga melena rubia yacía por el suelo.

—¡Hut, Hut, sácame de aquí! —lloró aterrorizada.

Hut comprendió que aquello era suficiente como para enloquecerla y la desató con prontitud mientras daba una ojeada a los monstruos que golpeaban contra las rejas de las celdas. Extrañas garras se filtraron por entre los barrotes, tratando de alcanzarles.

—¡Hay que salir de aquí corriendo, Silvy, arriba hay fuego!

A Silvy no era preciso que le recomendaran correr. Tras abrazarse a Hut, corrió hacia la escaleras.

Cuando llegaron a la altura del quirófano, todo ardía allí. Había varios cadáveres. Laura Hallen estaba carbonizada, Paul Benson también había muerto y Vanessa había expirado ya.

—Hay que tener cuidado. El profesor sigue suelto y es el peor de los homicidas —advirtió Hut.

Subieron al salón cuando escucharon los ladridos de los feroces perros.

—¡No escaparéis! —gritó el doctor Ivanovich que iba tras los canes.

Hut y Silvy vieron a los feroces animales que corrían hacia ellos mientras los dos psicópatas tratados cerebralmente subían por las escaleras hacia el piso como si nada ocurriera. Aunque toda la mansión se les derrumbara encima, nada harían por evitarlo. Habían perdido el poder de reaccionar y de razonar, eran verdaderos autómatas.

Se filtraron por una puerta y la cerraron justo a tiempo antes de que los perros, contra los que estaban indefensos por carecer de armas, les mordieran.

Mientras, el fuego prosperaba por el subterráneo y la humareda pasaba a la planta.

Hut y Silvy fueron cerrando puertas tras de sí para obstaculizar el camino de las feroces bestias, pero temían que acabaran alcanzándoles. Huyeron a través de la cocina.

Afuera seguía lloviendo y tronando. La laguna había subido de nivel alarmantemente y sus aguas, sucias y cenagosas, llegaban ya hasta la casa.

—¡Si huimos entre la lluvia, a los perros les será más difícil seguirnos! —gritó Hut.

Pero a Silvy, que iba descalza, le resultaba muy penoso correr.

Junto a un árbol, Hut descubrió un rastrillo de jardinería con púas de acero, justo en el momento en que los perros salían de la casa en su persecución.

—¡Dios mío, Hut, nos van a despedazar!

Los perros corrieron hacia ellos. Hut consiguió detener su feroz embestida hiriendo a uno de ellos y haciendo retroceder al otro.

El doctor Ivanovich salió corriendo tras los animales. A causa de la abundancia de barro, resbaló junto al borde de la laguna cuando en ella apareció una bestia extraña y repugnante, llena de lodo.

Su cabeza tenía algo de humano y poseía abundancia de cabellos, pero su cuerpo se había metamorfoseado asemejándose a un caimán, aunque no era torpe como este, sino ligero y con las

garras de un dragón varano.

Rápidamente, con sus zarpas capturó al profesor que comenzó a gritar llamando a sus perros.

Los grandes daneses, obedeciendo órdenes de su amo, se revolvieron hacia él para salvarle del ataque que estaba sufriendo por parte del inesperado monstruo surgido del interior de la laguna. Comenzó una lucha fantástica, pavorosa.

Silvy dobló su cabeza cuando una de las garras de aquel ser creado por el doctor Ivanovich lo degollaba limpiamente.

Los grandes perros, con las patas sumergidas en el agua, lucharon a muerte con la bestia que comenzó a sangrar abundantemente.

—¡Huyamos, huyamos! —apremió Hut mientras el fuego y el humo escapaban por las ventanas de la planta baja.

No había salvación posible para los seres allí encerrados, seres que era mejor que el mundo jamás llegara a conocer.

Dejando atrás aquel caserón, bajo la lluvia torrencial, huyeron a pie entre las colinas. Hut tuvo que coger en brazos a Silvy, cuyos pies sangraban.

Después, al descender hacia Kleinburg, pudieron ver que el río, debido a la torrencial y constante lluvia, se había desbordado y estaba inundando la pequeña aldea, amenazando con penetrar entre las colinas y arrasarlo todo con su agua y su barro.

Llegaron a Kleinburg cuando Frau y Herr Hausen cargaban sus últimas pertenecías en un viejo coche, asustados, pues el agua ya inundaba parte del pueblo.

Hut, empapado lo mismo que Silvy, dejó a esta dentro del «Alpine». Puso el coche en marcha y pasaron el puente tras el vetusto coche de los Hausen que se habían quedado sin su «Land-Rover», desaparecido en el balneario.

Nada más cruzar el viejo puente de madera el deportivo de Hut, el puente se hundió y se fue aguas abajo a causa de la riada que no tenía trazas de ceder.

Algún rudimentario muro de contención se había venido abajo y el río se ensanchó, engullendo a Kleinburg, mientras Silvy y Hut huían de aquel diabólico mundo del doctor Ivanovich.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Pts.